

Emilio Quintana

Bananos

La vida de los
peones en la yunai



Ediciones
DISTRIBUIDORA CULTURAL

Bananos.

Emilio Quintana

Estudio Preliminar y Guía de Lectura.
Lic. Roberto Aguilar L.

4ta. Edición, 2002

© Ediciones Distribuidora Cultural.

© Derechos Reservados Conforme la Ley.

Portada: Agustín Alonso.

Diagramación: Francis Bone.

Ediciones Distribuidora Cultural
Col. Centroamérica L-795
Teléfono: 2784185

1

Si algo aborrecí en mi vida fue el empleo; y más que todos los empleos, los del ferrocarril. Creo que además de la propaganda que se le hacía a la zona bananera, en cuanto a la posibilidad de devengar un buen salario, el interés de evadirme de ese ambiente de dócil sometimiento a los jefes, fue lo que me impulsó a marcharme del país hacia los rudos trabajos de la jungla.

Un día, desde el vapor "Victoria", donde desempeñaba un cargo de quinto orden, salté al muelle de San Jorge para no regresar más al barco. Así fue como, después de evitar el encuentro con toda autoridad, caminando de noche por caminos desconocidos, logré ganar la costa del pacífico costarricense. Cuando puse los pies en aquellas regiones respiré a pulmón lleno. Estaba en otro ambiente. Ya en Nicaragua el radicalismo callejero le había dado curso libre al rumor:

-Yo era un empleado. Había dejado de ser un hombre de humanas aspiraciones, en lo colectivo, claudicando de toda mi conciencia. Tal era la consigna.

Yo despreciaba y sigo despreciando todo radicalismo de consignas enanas. Porque de ese radicalismo de chismes y de sacristanes, han brotado siempre los mercachifles y los parlanchines de los movimientos entre nosotros. Estos son los que condenan toda actitud en los demás, mientras las combinaciones que ellos llevan a efecto son todas honorables, porque necesitan "vivir" para la "causa", aunque los otros se aprieten un poco más el cinturón todos los días.

En todo esto iba pensando cuando el tren que me conducía al sitio de trabajo corría sobre una línea zigzagueante y peligrosa. Un buen número de obreros era transportado aquel día. Los carros

carecían de asientos. Nos sentábamos a plan, sobre montones de hojas secas de chagüite. En distintas ocasiones, en el transcurso de estos viajes, más de una "terciopelo" salía huyendo de entre aquella hojarasca, con la natural alarma de mujeres y hombres.

Aquella vez como de costumbre viajaban algunas mujeres. Como los hombres, iban a buscar trabajo. Algunas eran bonitas y jóvenes; otras no viejas, pero sí marchitas por las prolongadas necesidades. Entre ellas viajaban varias nicaragüenses. A veces alternaban en la conversación de los varones.

-A mal sitio van ustedes. ¿Son casadas?

-No.

-Pues tienen que buscar marido para que tengan siquiera donde dormir. La Compañía no admite mujeres sin hombre...

-Santo Dios, y ahora cómo hago!

-Y yo?

-Yo tampoco hallo como hacer...

De pronto saltó una voz, un tanto cascada por los años; (más tarde supe que se llamaba Castro):

-Yo me hago cargo de una...

Las mujeres se volvieron a ver y se hicieron inteligencias. Y cuando iban a decir algo, uno de los viajeros interpuso su voz:

-Y a usted pa qué lo quieren, viejito...

-Pueda que sirva más que vos: yo toy bien alimentao.

-Pero si una de estas mujeres lo agarra lo hace pedir cacao, tío.

Todos soltamos la risa. El viejo se puso lívido de ira. En ese momento llegábamos al final del viaje. Los hombres bajamos los primeros. Las mujeres, como un rebaño asustadizo, no querían dejarse ver de los jefes. Capella, el capataz, las hizo bajar y nos puso en fila a todos.

-Usted en qué trabaja?

-Soy carpintero.

-Usted?

-Pintor.

Después de preguntar a todos su oficio y procedencia, se dirigió a las mujeres. Pasó revista por ellas; y al fin:

-Con quién viene esta mujer?, -preguntó señalando a una de las más bonitas.

Viendo que todos guardaban silencio, yo me adelanté, diciendo:

-Conmigo.

-Pues usted no tendrá trabajo, joven, porque no hay casas ni trabajo para mujeres.

-Ella se quedará por aquí para mientras encuentra en qué trabajar.

-Imposible, joven. Por allí hay unos ranchos; si logran acomodarse en ellos... no son de la Compañía... yo a usted le doy trabajo, para ella no hay.

En los ranchos nos acomodamos. Había plagas de purrujas, pulgas y zancudos. Colgamos un mosquitero que la mujer llevaba. Por la noche, viendo que yo buscaba donde acostarme, me invitó:

-No se quede afuera porque se lo comen los zancudos. Métase debajo del mosquitero.

Aquella misma noche me contó su historia. La historia de todas las mujeres desventuradas. Venía huyendo de la ciudad. Burlada por un hombre, engañada por otro y por otro, había terminado por adquirir una enfermedad y ya era buscada por las autoridades de profilaxia. Cuando terminó de hablar me volteó la espalda.

Así pasamos nuestra primera noche de matrimonio.

2

Cuando estábamos en "Pozo Hondo", un poco más acá de Bebederos, pasó Alegría, aquel muchacho decidido y placentero que habíamos conocido algunos años atrás en Nicaragua. Nos invitó para que prosiguiéramos el viaje, y rehusamos; no teníamos dinero.

-Yo llevo aquí plata, - nos dijo, mostrándonos un rollo de billetes.

-Y eso, ¿dónde los hubo?

-Qué carajo, ¡la noche lo da todo!

Nos reímos.

Nosotros quedamos en "Pozo Hondo" y Alegría siguió su camino hacia el riñón aurífero, halagador, de la montaña. El oro se recoge a montones -le habían dicho- y él iba con los ojos encendidos en la promesa absurda y temeraria. El traería para su familia y para su juventud el metal codiciado para lanzarlo, sonoramente, sobre el mostrador de las cantinas en las noches de juerga en aquel distante y querido Managua. Con él se iría aquel "paisano" salvadoreño que tanta falta nos hiciera en seguida.

-Cuando uno se propone, viejo, pasa por encima de todas las enfermedades y vence.

-Pero, hombre...

-Todo es cuestión de empuje. Ya verás...

Y partieron. Los pies andariegos de aquel muchacho, masaya auténtico, lo llevaban en pos de una conquista ilusoria, tras la esperanza vaga de un bienestar apenas entrevisto en la falsa propaganda de los periódicos asalariados y en las conversaciones de

los que habían viajado, ahitos de alcohol y de torpeza, por la maraña tica, donde vivieron una vida de provocación y de escándalo.

Quince días después de la partida de Alegría, Antonio Téllez, Efraín Rodríguez y yo, a bordo de una gasolina, soslayábamos el mar en busca también del riñón aurífero de la montaña.

Allá, seguramente, nos encontraríamos con Alegría, el muchacho decidido y placentero que un día conociéramos en Nicaragua...

Pero fue en Puntarenas el encuentro. Alegría regresaba de San José y nosotros aún guardábamos la impresión del Golfo de Nicoya, bello y azul y estremecido como un gran corazón. Había necesidad de conocer San José. El entusiasmo de Alegría lo proclamaba de una manera irresistible. Bellas mujeres. Licores. Autos. Teatros.

-Y sobre todo, aquella Anabela, viejo, que vale más que un potosí!

Y ya nosotros entrecerrábamos los ojos como sintiendo la suave caricia de una mano adorable y anhelada. Pero en vez de ir hacia la ciudad prodigiosa, nuestras necesidades nos empujaban hacia la jungla, al paludismo, a la miseria. Allí nos quedaríamos hasta recoger un montón de billetes, para luego irnos a lanzar a la capital lejana por todas las ventanas de nuestros deseos.

Tirábamos el rubio metal sobre el tapete absurdo de los hogares mancillados, y se prendería a nuestras espaldas musculosas la caricia de unos brazos blancos y apretados, como jamás los vimos allá en Nicaragua.

Alegría nos hacía quemarnos en la hoguera de esa esperanza.

-Es incomparable, viejo. Anabela me tiene loco. Voy a ganar dinero para volver cualquier día a echárselo sobre la falda, sin ningún apego, porque ella vale más que todo.

Cuenta la compañía bananera para hacer su transporte de gente entre Puntarenas y la costa del banano, con dos barcos: el "Palo

Seco" y el "Valeria". Este último un poco pequeño, es un yate. En él tendríamos que embarcarnos para Golfito.

Recuerdo aun el "Chiriquí", lanchón que el "Valeria" remolcaría y en el que iba un tractor "bulldog", pesado y grande. Alegría había dispuesto irse en el lanchón, evitando la molestia que un largo viaje acarrearía en un barco tan pequeño en el cual irían alrededor de doscientas personas entre hombres, mujeres y niños.

Toda era gente miserable que huía de la crisis de las ciudades a la montaña amparadora, donde el harapo se disimula, entre la peonada lúbrica que cuenta a gritos de campamento sus triunfos sexuales de antaño y su rezago obligado de ahora.

En más de una ocasión estas conversaciones "placenteras" dieron lugar a la querella. Más de un marido ofendido por el rojo vivo de esas charlas salía al frente, enarbolando un reto. Brillaban los machetes, entre la grito de la mujeres, e iban muchas veces a descansar en el cuerpo enemigo con una rapidez desconcertante.

A veces eran las canciones, los estribillos intencionados, los que armaban la gresca.

"Y ayer que me juí a bañar
me acompañaba la Lola,
ay nomás chico animal
sacándonos la gran cola".

No siempre eran intencionados los cantares. Pero los hombres, ardidos en el alcohol, encotraban en ellos una sospecha. Una excitación a la hombría.

Hay que haber viajado un día en aquellos infelices medios de transporte que, para sus trabajadores, tiene la compañía bananera. Aquel es un transporte para animales: salivas, piojos, harapos; una porquería insoportable. Ni agua siquiera le dan a los que viajan a los centros de trabajo. Rucuerdo que en el "Palo Seco" Manolo Cuadra dejó sus últimas prendas de vestir a cambio de comida. Y recuerdo también una noche de viaje a aquella mujer hecha congoja que, mientras los hombres se oponían a que se fumara porque iba un

cargamento de gasolina en el barco, ella, arrebuja y triste en un rincón a bordo, soltó su frase tremenda, con la resignación de una renunciación suprema:

-Vaya, cuánto escándalo! Para la vida que llevamos...!

Yo me eché a temblar convulsivamente. En aquella voz se resumía el dolor desesperado de todo aquel cargamento humano. Era la voz de la sibila que llegaba dando saltos desde el rincón oscuro de los siglos.

Al fin Alegría se iría en el "Chiriquí". No hubo medio que lo hiciera desistir de ese propósito. Allí viajaría a sus anchas, durmiendo como una piedra en el transcurso del viaje.

-Para qué voy a irme dentro de esa marranada? Muchachos que lloran y que se ensucian, mujeres sin bañarse... No. aquí me voy. Llevo agua, comida y sombra. Ustedes se van a arrepentir.

El "Valeria" se hizo a la mar. Mar picada por cierto, depositando, de vez en cuando, algunos golpes de ola en los costados del barco. A remolque, el "Chiriquí" marchaba cabeceando afirmativamente. Viejos lanchones éstos encargados de transportar todo lo más pesado. Cien o ciento cincuenta varas de cable los separa con frecuencia del barco que los remolca. Casi son siempre cargamentos de banano los que se transportan en ellos, en cuyos racimos más de una víbora enredada viaja sorprendida con el vaivén del agua.

Como queda relatado, un tractor bulldog pesado llevaba entonces el "Chiriquí", y todo indicaba una travesía sin novedad, cuando a las alturas de la "Isla del Caño" empezó a soplar un viento alevoso y fuerte. Las mujeres comenzaron a rezar y los tripulantes a decir improperios contra todas las divinidades existentes. Estábamos en el lugar más hondo de la travesía. Yo volví a ver el lanchón e interiormente empecé a temer por Alegría. Al principio lo habíamos visto varias veces; pero desde que el chubasco arreció no volvió a asomarse. ¡Diablo de hombre aquel, que se jugaba la vida, innecesariamente, en cualquier circunstancia!

El viento arremolinaba por minutos y ya dentro del barco había más de una zozobra. El "Chiriquí" se rezagaba e impedía que el "Valeria" avanzara. El viento aullaba entre los mástiles. Gritos de mujeres, llantos de niños, imprecaciones de los hombres. Rostros descompuestos por doquiera en los que ya era visible la aproximación de la tragedia. El lanchón batido a diestra y siniestra por el chubasco, daba cabezazos gigantes que en la popa del "Valeria" repercutían de una manera terrible. Y, lentamente, como resistiéndose a orillas del abismo, el "Chiriquí" empezó a hundirse.

El "Valeria" se levantaba de proa fantásticamente, mientras en la popa el agua comenzaba a introducirse. El peso del lanchón pugnaba por arrastrarse al barco al fondo de las aguas.

Fue la última vez que vi a Alegría. Se asomó en el lanchón, agitando los brazos. Sabía que sus compañeros íbamos allí. Tribulación infernal. Y luego el horror del caos dentro del barco:

-Bueno, capitán, ¿qué espera? ¿Quiere que nos hundamos?

Y otras voces:

-Cortemos ese cable...!

-Imposible! -grité yo lo más fuerte que pude: -dentro de ese lanchón viene un hombre!

Y cien rostros agresivos se me lanzaron en contra:

-Sí, pero aquí vamos doscientos y van mujeres y van niños...

Brilló el hacha por entre las manos afanosas, y dos, tres golpes sólidos fueron descargados sobre el cable...

Separando su distancia del "Valeria", el "Chiriquí" se hacía a cada instante más pequeño. Después ya no logramos verlo más...

"Se van a arrepentir", fueron sus últimas palabras. Y en verdad, amigo Alegría, puede que nos hayamos arrepentido de habernos apegado, por unos días más, a este pingajo hediondo que se llama VIDA.

3

Me ha causado siempre horror la presencia de la sangre. Creo que esa aversión la motivó aquella muchacha de mis primeros años juveniles que se me entregara toda, en una noche preñada de malos augurios. Sobre mi hombro, en un acceso de tos, arrojó una bocanada de sangre, tiñéndome la camisa. Llegué medio loco a mi casa, dando voces desaforadas. Me bañé, enterré la camisa; y tuve sueños graves y violentos.

Me encontraba en una calle tortuosa, llena de recodos sospechosos, de sombras densas. De súbito se me habían abierto, de par en par; las puertas de las casas. De los balcones colgaban sábanas sucias que de pronto se fueron manchando de rojo. Y había silencio sepulcral en todo aquello, como si la noche se hubiera ido deslizándose sobre algodones. Hasta que una tos terrible, como de cien pulmones juntos que se rompen, hizo caer violentamente todas las sábanas sanguinolentas...

Al día siguiente amanecí con ímpetus de restregarme contra las paredes pedregosas, de escupirme a mí mismo y de que alguien me golpeara virilmente en pleno rostro.

Sobre estas líneas mal construídas de la zona, he visto muchas cosas, muchas cosas de sangre. El moto-car que se descarrila mientras remolca varios carritos llenos de trabajadores. El dolor de los heridos. La sangre que corre. Y aquel hombre, abierto por las piernas hasta el abdomen, con los testículos ensangrentados, adheridos a una de las partes separadas.

En otra ocasión fue el cable de un barco el que se reventó cuando levantaba una red con tubos, y uno de éstos le cayó en la nuca a un obrero, vaciándole los ojos. En otra fue el obrero el que cayó entre

lanchón y lanchón y los colosos al juntarse con el vaivén del mar, le deshicieron la cabeza. Todo esto horrorizaba en verdad. Pero eran cosas inesperadas. Improntus, como le llaman algunos literatos fofos a las infamias que escriben.

Pero donde el desenlace es esperado. Donde la tragedia marcha con el desgano de una cámara lenta, resulta más pesado el horror. Era conductor de un tren de la compañía. Y cada vez que lo veía ejecutar aquella maniobra, el pelo se me erizaba. Siempre que habían cambios de línea el conductor se bajaba a efectuarlos. Y cuando el tren corría con bastante rapidez, él se paraba sobre un riel esperando el avance peligroso; y ya en el momento en que la locomotora le rozaba los zapatos, levantaba un pie y, airosamente, elegantemente, como en el paso magistral de un torero, se subía en la "trompa" del convoy. Eso era todo el tiempo.

Hasta que un día ya no pudo subirse. Los pies alados, livianos, perdieron tino. Yo me cubrí los ojos. No quise verlo. Los demás peones que conmigo iban a descargar azúcar a una de las fincas más apartadas de la zona, vinieron contando el lance. El tren lo había cogido con el mismo furor de un toro y lo había molido por la cintura, retorciéndole el pellejo como un cartón remojado. La sangre le había salido por la boca y los oídos; y los ojos, abiertos a lo eterno, fueron cerrados por las manos piadosas de unas mujeres.

...Era un monomaniático que ofrendó su vida en aras de su enfermedad. Pero muchísimos obreros, sanos de todo delirio y que sólo quisieron vivir su vida oscura y humilde, también cayeron a lo largo de esas líneas, ignorados por todos y cuya sepultura quedó señalada por un par de palos clavados en forma de cruz, los que sólo sirven para apresurar el paso del transeúnte solitario.

4

Espléndida, con la esplendidez enigmática de las cosas inexploradas. Desde la costa marina se tiende triunfalmente a todo lo largo del dilatado sector, donde la compañía bananera echó a morir a la peonada maltrecha en medio del miasma de los contagios.

La trocha abierta por la mano del hombre en un kilometraje audaz y en la que se tiende la línea férrea desde los puntos que producen la fruta hasta los sitios de embarque, sabe de la tragedia continúa del peón que hoy muere y de los que se quedan esperando su turno para mañana.

Como una maldición de la naturaleza, el sol cae de costado por toda la extensión de la trocha sobre la espalda encorvada de los hombres. Se trabaja al amparo de un calor que enloquece. Campamentos contruídos "a la ligera", sin luz, sin agua, sin paredes que cubran los costados del rancho, albergan a estos hijastros de las leyes, entre la palmada necesaria contra el zancudo agresivo o para aplastar a la purruja, de cuyas nubes de ataque no puede evadirse nadie.

El balastre llevado de lejanos lugares y que es regado en toda la línea para cabecear los polines, se foguea tanto a efectos del sol, que día después que el peón ha trabajado, se le desprende, en parte, el pellejo de la cara. Así es como al caer por primera vez en aquellas cuadrillas los hombres causan una sensación de espanto en el ánimo del recién llegado. Luego el hombre que mató la amebiasis y que se quedó sepultado en la selva. Y la impresión que se amarra al espíritu de que mañana quedaremos allí, sepultos en la jungla, después que nuestra vida haya sido apagada como una pobre llama por el viento de la miseria.

La consecución de una mujer en esos lugares es algo más que imposible. Mujeres que en San José se cotizan a peseta, ya puestas en la montaña alcanzan el fantástico precio de diez colones. Así es como el peón, que después de pagar su comida sólo le quedan cuatro pesos diario, imposibilitado para darse el lujo de una mujer, se ve obligado a la masturbación, a que el procedimiento mecánico supla la falta de un sexo amigo.

De noche, cuando ya se han apagado las conversaciones exaltadas en la lujuria, las manos buscan instintivamente la válvula de escape a la castidad prolongada. Al día siguiente, como todos los días, serán las piedras caldeadas al sol del verano las que inyecten de sangre los ojos y chamusquen la piel como un soplete ardiendo...

Pasa aullando la locomotora por entre la selva, sobre las paralelas imposibles, casi fantásticas. Antes fueron los tractores los que se lanzaron a la aventura de los caminos fangosos, pegándose aquí, despegándose allá, ante el asombro de la fiera que huye a los rincones inviolados. Pero antes que todo pasó por estos sitios la caravana miserable de la peonada alucinada por el halago de un trabajo mejor remunerado. Mujeres desastrosas, hombres desconsolados, niños enfermizos. Todos ellos empujados por el natural derecho de vivir, o mejor dicho de querer vivir muriendo día a día, entre esta desolación que no es vida ni muerte, sino una sepultura abierta a todos los propósitos, a todas las esperanzas de los hombres.

Hay que vivir aquí fuera de la falacia de las ciudades. Hay que vivir aquí convertido en una bola de lodo sobre el lodo de los caminos. ¡Qué más da! Vivir la vida del peón, del "conchero", del cortador de bananos, del regador de veneno...

Esto en realidad, es algo diferente a hacer funcionar las cámaras receptivas frente a los bellos edificios de los altos jefes, para decir en seguida, mientras se embolsan los dólares por la propaganda, que aquellas son las viviendas de los obreros. Hay que haber estado en kilómetro 33, en Río Claro, etc.; y en esa multitud de fincas, rosarios de maldiciones caídas a lo largo de los caminos, en el silencio oscuro de la jungla.

Aun en medio de tanta zozobra tiene la montaña su atracción. La atracción de los abismos. La atracción de la tragedia. Cuando se viaja en tren, sobre aquella línea mal construida y en la que los descarrilamientos son continuos, a través de la trocha el cielo es un largo latigazo, una lámina que va jalonando de azul la travesía. Allí los ojos suben hacia la lejanía, y la meditación, producto inevitable de los viajes, se adhiere al pensamiento revolviéndolo todo: desde el hogar que aguarda el retorno, hasta la amante que nos engañó con su desdén y su sonrisa.

Toda esta travesía está sembrada de cadáveres. Cadáveres de los nicaragüenses humildes que abandonaron la tierra sañuda que los viera nacer. Cadáveres de los infelices costarricenses que se fueron a la selva en busca de un salario mejor. Cadáveres. Por donde quiera cadáveres.

Por cada polín que sostiene la línea férrea, bien se podría colocar el cadáver de un hombre.

5

Cuando se llega hasta aquellas lejanas fincas de la zona donde los trabajadores abrumados por el ataque de los zancudos y las purrujas se guarecen desde temprano en los campamentos, dando la sensación de grandes monos tristes, los ojos del peón recién llegado se horrorizan al encontrarse en los camarotes con verdaderos cadáveres, hombres que ya no van al trabajo porque no tienen aliento para levantarse.

Allí, sobre las tablas de pino que les sirven de dormitorio, aquellos hombres desolados, incapaces de todo movimiento, se ensucian, apestando el campamento. Todas las tardes, al regresar del trabajo, uno anda de un lado a otro, huyendo del hedor insoportable. Cuando los campamentos quedan cerca de la línea férrea, hay peones compasivos que pierden su día de trabajo para sacar a más de un moribundo hacia el lugar por donde pasa el tren. Allí los embarcan con rumbo al hospital más próximo. Nunca se sabe más de ellos.

Aquella vez había un grupo de atacados. En la noche la peonada hizo el cálculo. Se barajaron nombres, hasta que se acordó dejar a cuatro hombres para que llevaran hasta el lugar de embarque a los enfermos y limpiaran el campamento.

-Entre todos les pagaremos el día a ustedes. Quédense, ¿qué más quieren?

Ante la vacilación de los designados, otro argumentó:

-Además, acuérdense que las amebas a todo mundo se le pegan. Hoy por tí, mañana por mí.

Al fin quedó hecho el arreglo. Al día siguiente ya no habría enfermos en el campamento. Ya, por lo menos, no escucharíamos aquella tarde, al entrar al lugar, la voz altisonante de aquel peón guanacasteco:

-Uf, que tufo. Aquí se cagaron!

Pero aquella limpia de enfermos no era más que un compás de espera. Días más tarde, quizá horas después, se registraban nuevos atacados. Las amebas trabajaban sin descanso, sin darle un minuto de sosiego a sus empujes. Los hombres se retorcian con las manos en la barriga y así se quedaban en un pulso intestinal. Ya todos lo sabíamos: eran las amebas. Eran las enemigas más tenaces del hombre en la jungla. Horas y horas en cuclillas en un esfuerzo inútil y debilitador...

Cuando los hombres eran atacados por las amebas en plena montaña en donde no había medios de comunicación ni de transporte, si no se desplegaba la energía necesaria para que al enfermo lo alzara un avión desde cualquier campo de aterrizaje, entonces la muerte liberadora descendía como un manto de paz sobre los campamentos.

Cuántos se quedaron ahí, dentro de los camarotes, sobre su propio excremento, soñando con la caricia de los hijos, en la sonrisa de la mujer querida. Al regreso del trabajo los encontrábamos boquiabiertos y trágicos, para sepultarlos en seguida en un claro de la selva. Era el tributo que pagaba la peonada a la naturaleza, hostil en su beligerancia contra la existencia de los hombres.

Es el debido cobro de las amebas, después que el infeliz se ha engullido de malas comidas y ha bebido el agua sucia de los criques.

6

Los días sábados nos juntábamos varios compañeros de trabajo, cruzábamos el río en una canoa y nos íbamos "al otro lado", donde Dagoberto, que tenía establecida una cantina, con roconola, luz eléctrica, refrigeradora y todo lo que alegra y atrae a los picados.

Tenía su establecimiento en una zona libre de la bananera, junto a una alta y fresca colina, que en horas de la tarde envolvía en sus sombras a la casa, que se acurrucaba apaciblemente en aquel paraje, que hacía evocar el verso de Baudelaire, cuando habla de los pechos de la giganta, a los que acariciaba en sus ensueños de poeta.

*Dormirme aprovechando la sombra de sus senos
como una pobre aldea al pie de una montaña.*

Dagoberto conocía su negocio y atendía muy bien; preparaba sobrosas bocas y vendía licores aceptables. Al lugar se le llamaba "Los indios", seguramente porque estaba habitado por campesinos, cuyas mujeres, bonitas y llamativamente vestidas, llegaban a la cantina a bailar con los parroquianos.

Era el único sitio en donde se le daba escape a las durezas de la vida, después de una semana de renuncia a los placeres, y cuando se sentía la necesidad de ensordecirse para olvidarlo todo, hasta la cruel realidad del destino que pesaba como una plancha de plomo sobre los hombros.

El río era un poco ancho, pero de quieta corriente, pasaba por donde Dagoberto y le echaba una especie de herradura a Palmar Sur, ya que también pasaba cerca de El Pozo que, aunque un tanto más alejado de "Los indios", era más bullicioso, porque estaba más poblado

y por lo mismo era mayor el número de mujeres que se congregaba en él cada fin de semana.

Pero a mis compañeros y a mí nos gustaba mucho más Dagoberto, ya que cuando llegábamos nos apoderábamos del lugar, ordenando lo que se nos antojara, sin que fuéramos objeto de un gesto de repulsa de parte del dueño.

Allí conocí a Manuel Sánchez, ese nicaragüense tan cordial con la paisanada, lo mismo que a Daniel Baltodano, que no podía tomar tragos un día, porque los alargaba por un mes, con las consiguientes habladurías de algunos ticos que veían con malos ojos a los nicas.

Siempre que estábamos ejercitando la función de los "aperitivos", se aparecía la mujer de un tico, un carpintero, que por la misma decencia de su oficio no se mezclaba con la peonada; era ella una muchacha morena, finita, de agradable presencia, sin aparentar siquiera de lo que era capaz.

Aunque era bastante retrechera, frente a la solicitud de Manuel Sánchez, aceptó bailar una pieza con él; en lo mejor estaban del ritmo cuando llegó el marido. Nos abarcó a todos con la mirada, y dirigiéndose a ella:

-Es decir que me dejaste plantado, para venirme a este relajo?

La mujer se desprendió de su pareja y se fue a sentar cerca de una mesa que estaba desocupada.

-Es contigo que estoy hablando.

La muchacha se puso de pies y se le enfrentó.

-Bueno, qué hay con que baile?

Ante la ofuscación del hombre, intervino uno de nosotros.

-Vea amigo, no tenga cuidado, no ha pasado nada.

-Usted no se meta, dijo la muchacha, yo me entiendo con este animal.

El carpintero no esperó más; la tomó del pelo con una mano y se empeñó en sacarla del local, mientras ella se retorció como una víbora buscando como agarrarle la ropa o clavarle los dientes en la muñeca.

Manuel Sánchez se apoderó de una silla, para defender a la mujer ultrajada. Frente a la amenaza el hombre la soltó; mejor no lo hubiera hecho. En lo que parpadeamos la hembra furiosa había dejado a su atacante con la camisa hecha pedazos y con grandes arañazos sanguinolentos en el pecho y en la cara.

-Mira lo que has hecho... vas a ver lo que te va a pasar.

El hombre refunfuñaba con los ojos casi saltados de las órbitas; luego se marchó seguido de cerca por su media naranja.

Nos habíamos quedado sin hacer ningún comentario, cuando uno de los que estaban en la cantina se arrimó a nuestra mesa y con un tono socarrón nos dijo:

-Esa mujer sabe sus cosas; ya ven, al marido le pega... y también se la pega.

En el fondo del establecimiento, Dagoberto atendía a otros clientes, sin darle importancia a lo sucedido.

7

Ganábamos seis colones por día y se gastaban dos en comida. Pero aquella cataplasma de arroz sin gota de manteca y aquellos frijoles fritos en "su propia sangre", obligaban al comensal a gastar algo más en "extras" de café negro con pan y agua de azúcar. Era un sistema impuesto por la Compañía. En media montaña, las más de las veces coartados todos los medios de evasión, el contratista hacia su campamento. Y allí imponía su voluntad. Aquella voluntad era inapelable.

-Al que no le guste el sueldo y la comida, ya sabe por donde vino.

Entre los contratistas, Olivas era uno de los más afortunados. Salazar, de quien se decía haber cometido un robo en Nicaragua a una conocida firma comercial, era otro afortunado. Se había establecido en un pueblecito -ombligo de vino, explotación y borracheras-, en las inmediaciones de la región bananera. De botas altas y vergajo en mano, asumía el aspecto de un gran señor.

-Ese patrón de ustedes es un ladrón, -le dije una vez a varios de sus peones.

-Cómo va a creer usted, -me protestó uno de ellos-, él paga seis pesos como todos los contratistas. Es verdad que los domingos y en las noches no paga tiempo y medio, pero es que la Compañía no le paga más al pobrecito. Ahora, con este nuevo contrato, está perdiendo.

Otro de los presentes salió reforzándose:

-Eso dice él, pero es mentira. Si no tuviera ganancias no hubiera hecho otro contrato. La prueba es que a cada rato va a San José a gastar un platal con las putas.

Se armó una discusión respecto al contratista. Dos de sus trabajadores a quienes él había estimulado con palmaditas en las espaldas, se empeñaban en defenderlo. Los otros atacaban con hostilidad manifiesta. ¿Por qué los hacía perder días enteros para trabajar de noche cuando el trabajo era más pesado? Sencillamente porque la Compañía pagaba más y él se embolsaba el dinero sobrante a costas de sus energías. Tan cierto era aquello que por la madrugada, bajo la lluvia, el contratista mandaba a traer varias botellas de guaro para "meterlos en calor", como él decía, pero que en la realidad no era sino para explotarlos mejor.

Uno de los peones que hasta entonces había guardado silencio, remató la discusión de manera terminante:

-Es cierto lo que dice este compañero, -dijo tocándome en el hombro-, ese tipo es un ladrón. En Nicaragua cometió un robo. Y aquí se hace una gran cosa ese tuco e mierda...

El contratista Olivas era el encargado de tender el balastre y cabecear los polines en toda la línea férrea. Se había establecido en un punto fácil de transporte, a pocos kilómetros de un pueblo y cerca de los comisariatos. Por las mañanas, oscuro todavía, los "quesillones" salían remolcando innumerables carritos atestados de trabajadores. Con la caída del sol, en la misma forma de transporte, toda aquella gente regresaba al campamento. Toda esa multitud de hombres trabajaba cubierta de harapos. Volvíamos del trabajo tiritando bajo la lluvia helada. Al día siguiente era bastante duro ponerse aquella "ropa", empapada del día anterior.

Al medio día el almuerzo nos llegaba al lugar de trabajo. Y al repartir la comida siempre se registraban pleitos porque el cocinero, un invertido sinvergüenza, tenía preferencias para algunos peones de la cuadrilla. Para resguardarse de los enojados, el cocinero confiaba en su ayudante, un mozalbete vigoroso y gruñón. También contaba

contaba con el apoyo del contratista. De ahí que el cocinero se tornara insolente.

Una vez, después de estar comiendo frijoles hediondos en varios tiempos, uno de los trabajadores rechazó el plato, protestando:

-Estos frijoles están podridos...

Inmediatamente saltó el cocinero:

-Jesús, mijito! ¿Querés jamón con huevos?

-No es para tanto: quiero comida aseada.

-Pues pa qué saliste al monte... te hubieras metío en un nicho en tu casa y estarías bien tranquilo. Yo aquí pongo lo que me dan...

-No te dan frijoles podridos.

-Jesús, papa, pero se pudren en el caldero. Además, ya conocés el camino. Yo en cuanto venga el jefe le vó a decir que le estás espantando a la gente, pa que te corte el rabo.

Una noche todos los peones que repudiábamos al "cuque", nos pusimos a gritar estando ya acostados:

-Pásennos al cocinero... pásennos al cocinero...

Otras voces agregaban:

-Echenmelo acá, ahora que se cambió de ropa.

Por la mañana, Olivas llegó al campamento. Se hizo rodear de sus allegados y después nos llamó a todos.

-Como fue la cosa de anoche?

Ante el silencio por todos guardado, el cocinero se adelantó:

-El culpable es éste, que no quiere comer frijoles sino sólo huevos con jamón, y este nica que no se le despegas y es el que lo ajocho por debajo. El otro día me estaba alzando a la gente porque los frijoles estaban un poco malitos...

Bastó aquel informe para que diez minutos después fuéramos retirados del trabajo. Ya sobre el camino, mi compañero de descharge me dijo, sin ocultar su contrariedad:

-Qué chanco es ese contratista! Con reales y no busca una mujer, sino que se conforma con ese cocinero que nunca se baña...

8

Era el tipo representativo de la jungla: alto, ágil, nudoso de carne. La piel del entrecejo, apretada siempre, le caía como un pico sobre la nariz husmeadora. Los ojos fríos, sistemáticos, escudriñadores. No tenía, como el personaje de Erehnburg, ganchudos los dedos; pero sí llevaba los pies enormes -zapatos de tres suelas- como para las patadas concluyentes.

La peonada lo aborrecía. Veía en él al hombre del chicote, lanzado por el camino de la fuerza hacia esta montaña iluminada por el sol de todas las explotaciones. Siempre que aparecía por los sitios de trabajo, el gringo era saludado de esta manera por los peones:

-Ya viene el "chingado".

-Desgraciado.

-Perro.

-Hijo de puta.

El pasaba por entre los trabajadores, estirado y frío, con un gesto de provocación. Los capataces ni respiraban, atentos al menor ademán del jefe. El miraba a todos los hombres detenidamente. Y siempre después de estas "visitas" había descharges. Tres, cuatro, cinco peones eran despedidos. Pero los muchachos eran insistentes. La veces que el yanky llegaba retador, insolente, más de un humilde peón le clavaba los ojos como en un desafío a muerte. Al otro día había más descharchados... Y sí sucesivamente.

Una vez sorprendió a la cuadrilla dándole caza a una víbora que acababa de enviar a un hombre al carro de cura ambulante al morderle en una mano al levantar una tabla del suelo. El mister no dijo nada.

Pero al día siguiente el capataz fue llamado a la oficina. Capataz y cuadrilla quedaban despedidos.

-Pero mister Harry... era una víbora.

-Y qué hay? No están en la montaña?

-Acababa de morder a un peón..

-Bueno, peones sobran. No era para perder el tiempo por eso.

Y no hubo razón favorable: la cuadrilla quedaba despedida.

Uno de aquellos peones, forzudo y sólido como un toro, odiaba, como todos, al macho. Se había apoderado de él la pasión natural del hombre en la montaña: odiar. Alimentar un rencor a golpetazos de la propia sangre y sólo anhelando encontrar un cauce propicio para darle carrera libre a esa pasión. En torno al rencor de aquel hombre los demás peones prendían llamas vengativas. El tan sólo callaba y escuchaba, mientras la conversación iba por turnos.

-La víbora era una "terciopelo".

-Anoche murió el hombre. Se le puso inmensa la mano. Dicen que era nicaragüense.

-Yo así creo, porque los nicas están un poco molestos con el gringo.

Se hablaba alrededor de una luz amarilla y trémula que expandía la mechaza de un candil. Más tarde la conversación se hizo un susurro. Y ya cuando la noche fue plena con su luna, sobrevino el "tope". El peón aquel fornido como un toro había ido al encuentro del mister en el momento en que bajaba del moto-car. Tomándolo por el suéter le había espetado:

-Con que, los peones sobran, no?

Sin perder un solo instante, con una rapidez vertiginosa, el gringo pudo descargar dos puñetazos violentos sobre su asaltante haciendo tambalear al atleta. Pero con la misma velocidad del rayo, la peonada oculta en el matorral cayó de pronto sobre el macho con

el furor de un alud, a leñazo y patada. En seguida le dieron fuego a los ranchos.

Ardía el pajar sumiso azotado por el viento de la jungla. La gente corría, sacando sus enseres pobrísimos, y las mujeres medio desnudas se unían en aquellas horas a la peonada en marcha, a los hombres que huían, montaña adentro, hacia otros lugares de trabajo.

Al teatro de aquel suceso pronto llegaría la policía. Lo mejor era huír.

Al día siguiente se desfiguraba la noticia. Algunos malhechores, aprovechando la noche, habían prendido fuego a los ranchos de "El Gorrión". Mister Harry, que se había opuesto a las intenciones de la horda, había sido herido brutalmente. Para atender su curación abandonaría la jefatura del trabajo en aquel sector...

Eran 6 meses después de aquel suceso, tiempo en que abandoné el trabajo, y mister, Harry no había regresado aun. Cuando más tarde lo encontré en una de las ciudades del interior costarricense, lucía como un gentleman a pesar de las enormes cicatrices que le bajaban como pendientes brascas de la cabeza al centro de la cara.

La peonada había descargado con eficiencia, aquella noche, todo la fuerza de su furor.

9

Venía de la tierra campesina nicaragüense. Allí en el campo había formado su hogar junto con una infeliz mujer que pronto lo llenó de hijos, porque llevaba en el vientre esa maldición del pobre que es la fecundidad.

Él y su mujer en el tiempo que la pequeña parcela no producía, se iban a trabajar a un ingenio cercano, propiedad de los más poderosos señores de aquel lugar. Lentamente esta fábrica de azúcar había ido tendiendo sus tentáculos. De pequeñita que empezó se había ensanchado, engulléndose las parcelas cercanas, que adquiría a muy bajo precio y tornando en proletarias a muchas familias de la región.

De pronto estas familias se encontraron con las manos vacías. Quedaban viviendo en la misma tierra, pero como simples colonos, porque ya no era de ellas: había pasado al ingenio, del que eran siervos todos los hombres que antes se movían libremente entre el pedazo de tierra que les pertenecía.

A este ingenio, junto con su mujer, iba a trabajar José López, mientras en su rancho quedaban los pequeños crios al cuidado de la más grandecita, nueve años a la sazón. Y es claro dentro de semejante abandono, la niña fue fácil víctima del primer sátiro que puso los ojos en ella. José López lo supo aquella misma tarde al regresar del trabajo. Lloró un poco de amargura y se consoló después.

-Pero aquello ya no era vida, compañero. La niña violada y el ingenio acercándose cada día más a mi territa...

Ignoro la venganza que tomó José López del violador de su hija. Jamás hacía alusión al autor de la infamia. Pero supongo que por su

carácter agreste y por su poco deseo de regresar a Nicaragua, algo había cometido, algo que bien guardaba entre sus viejos y dolorosos recuerdos.

-...Pues sí, dejé a mi mujer y me vine a correr tierra por estos lados, donde se me decía que se ganaba muy bien.

Un día levantando unos viejos polines, José López lanzó un grito desgarrado y retiró la mano, como si un rayo se la hubiese fulminado. Corrimos a atenderlo y vimos con asombro, al separar la mano que tenía colocada sobre la muñeca, la huella de los colmillos de la víbora. Eran simples puntitos adornados por dos gotas de sangre. Corrimos agitadamente, gritando, gesticulando, en busca de algo que oponer al veneno que galopaba por la sangre, vida adentro, canaleteando por los prolongados cauces de la muerte.

Y nada.

Se fue poniendo negro mientras se apretaba con furor el brazo maltrecho y clamaba a los santos de sus creencias. Nada. Se le vinieron varios vómitos, después unos terribles temblores. Lo llevamos al hospital todos los compañeros de trabajo, pegados a su cuerpo, con una algarabía de hormigas.

El curandero de la compañía, después de auscultarlo, meneó negativamente la cabeza. "Le vamos a dar un purgante, dijo, lo trajeron muy tarde"...

Y eso fue todo. Así terminó la vida de un hombre...

Ahora lo hemos venido a enterrar en este pequeño claro de la selva, donde el viento pasa ululante. Es un pobre hombre que, como muchos otros, se quedará aquí de cara a la tierra inhóspita, cerrada la facultad del sueño entre el eterno sueño de la nada.

Duele esto. Duele mucho en verdad, porque José López era mi amigo. Me contó tantas cosas, tantas tristezas, que yo me sentía más triste siempre que lo escuchaba. Venía del campo hostil, de la mugre de esa vida tan llena de frustraciones, tratando de escapar de la amenaza del poderoso que ya se echaba sobre su pobre parcela, queriendo borrar de la mente el recuerdo de su pequeña niña violada,

para quedar aquí, en este seno oscuro, sobre cuya tierra no caerá la lágrima femenina de su vieja mujer, que nunca podrá saber dónde quedó supulto.

Cuando de esta mujer me hablaba, a José López se le encendían los ojos. Surgía en ellos una llama quemando los rescoldos del recuerdo. De ahí todo era tristeza en él. Hasta en la risa había una honda nostalgia, que me hacía huir a veces de su presencia. Y ahora ha quedado aquí, ya sin su risa triste, ya sin llamas en los ojos.

Como el personaje gorkiano, yo no le he pedido nunca nada a la vida. Se lo he exigido todo con el derecho que otorga la rebeldía y la conciencia de una misión humana que llenar en el transcurso de la existencia. Por eso ahora que sepultamos a este hombre las lágrimas que brotan de mis ojos y que no puedo ocultar, son lágrimas amargas, de protesta contra todas las injusticias, y más que todas estas de que un hombre muera así en esta oscuridad terrible de la selva, en este anonimato tenebroso.

Quién sabe si ya sus hijos murieron; quién sabe si el amenazador ingenio se engulló su parcelita, y si su mujer ya es una nueva sierva de la fábrica poderosa. Quién sabe.

Lo único que sé es que esta carne miserable que en la forma de un hombre sepultamos ahora, pasó por la vida al galope, perseguido por todos los perros de la penuria.

10

Era el encargado de destruir los nidos de comejenes que aparecían entre los banales, perjudicando las plantas.

Se le llamaba el "comejenero" y por entregarse a esas operaciones se le arrimaba también la palabra "doctor", aunque por su presencia enfermiza, agravada por el asma que padecía, desde lejos se notaba que se había doctorado en la Universidad del Hambre.

Inconforme con el malestar asmático, sin tratamiento de ninguna clase, comía cualquier cosa, viviendo a la diablo con un salario miserable.

Era eficiente en eso de darle batalla a los comejenales, con un aparato que cargaba sobre sus hombros medio quebrados; siendo en verdad un hombre pequeño, esmirriado, la mayoría del tiempo respirando por la boca y de mal humor.

Todos los que trabajábamos en aquella finca lo hacíamos bajo las ordenes de una especie de super-capataz, un individuo lampiño, de largas piernas y de manos amujeradas. Bajo su mando estaban los otros capataces.

Tenía una mujer de color blancuzco, con los ojos achispados; fuera de esos ojos que eran la atracción de su cara, atraía también por la despreocupación con que mostraba sus axilas velludas, como una propaganda del sexo.

Público y notorio resultaba que el jefe encargado de la finca le contrabandeaba la mujer al super-capataz, y por eso lo dejaba hacer lo que quería, sin intervenir en sus actos, lo que el otro lucía como un poder omnímodo.

Los dos compartían las caricias de la hembra que disfrutaba de su posición dando muestras de lo que valía su falta de moral y cómo es que se explotan esos recursos, cuando en determinados lugares hay carencia de mujeres.

La mañana de aquel jueves amanecieron alborotados los habitantes del campamento, con la penosa noticia de que el "comejenero" había muerto. Lo habían encontrado río abajo, flotando sobre las aguas.

Trajeron el cadáver al pequeño hospital improvisado; se ordenó que dos carpinteros hicieran una caja de madera en la que sería sepultado el miserable, de nacionalidad nicaragüense, y el super-capataz pasó por donde nosotros estábamos reclutando cuatro hombres para cargar los despojos al lugar en que iba a descansar el "doctor".

Estábamos sentados en el hospital, esperando que se nos llamara para el quehacer que se nos había señalado, cuando un compañero nica de al lado mío empezó a hablarme de Nicaragua.

-Allá yo tenía una pequeña posición, me dijo.

-Ujú, cuál era esa posición?, le pregunté.

-Era caballero de la Súplica Perpetua, me contestó.

De la Súplica Perpetua? Caí. Me ladeé un poco, dándole la espalda, para que notara la repugnancia de mi desprecio. Estallé una saliva contra el piso y me levanté, víctima de un terrible malestar. Cochino.

Caminé un poco sobre el corredor, cuando me tropecé con el super-capataz y con la especie de enfermera que lo acompañaba. La mujer se venía condoliendo del muerto.

-Pobrecito, dicen que fue suicidio, cansado de la enfermedad que tanto lo hacía sufrir.

El hombre le llevaba la contra:

-No, no, qué suicidio ni qué nada. Borrachera de estos nicas, que sólo saben ser borrachos, irresponsables y mal portados.

Sentí una furia como la del toro cuando frente a sus ojos se le tiende una capa. Por eso cuando los otros levantaban la caja donde iba el "comejenero", me quedé a cierta distancia. El super-capataz trató de aguijonearme:

-Métale el hombro...

-Lo que te voy a meter es una trompada en el hocico, por ofensivo, le dije.

-Eh, eh, -hizo, mientras los dedos de una mano tamborileaban sobre el reverso de la otra.

Sacando pecho lo más que puede, salí del hospital, sin volver la cara.

Más tarde llegó un muchacho de la oficina a dejarme un sobre con los colones que había ganado durante los días que habían transcurrido de la semana.

Casi salí detrás del mandadero para ir a buscar al que así me desarchaba, con el objeto de darle con el sobre en la cara, dispuesto a enfrentarme a las consecuencias. No hubo tiempo, porque antes de llegar a donde esperaba encontrarlo, salía junto con el jefe superior a tomar una gasolina, partiendo rumbo al oriente.

Me quedé apisonando el polvo violentamente bajo los tacones.

¡Cabrón... con cuánto gusto le patearía el culo!

11

Trabajaba en Quepos, el puerto enclavado como un nido de águilas en el riñón bananero del pacífico costarricense. Allí, junto al mar, donde las voces del terruño ausente llaman con desesperación.

En la montaña, el hombre aherrojado por esa prisión de verdes malezas, piensa muy poco o no piensa del todo en el regreso al hogar. Su condición montaraz lo bestializa. Pero ¡junto al mar! Los labios se llenan con el salitre del viaje anhelado cotidianamente. Hay un incontenible afán de fuga, de evasión futura y terminante. Irse para no volver nunca a la insalubre región del banano, donde la "terciopelo" acecha, donde el paludismo aguarda.

Yo vi morir más de un hombre, víctima de la vibora traidora, de las amebas implacables. Allí quedaron de cara al cielo encubierto por la montaña, con los ojos abiertos en un último intento de asomarse a la vida que se les escapaba.

Pobres! Pobres porque no supieron hacia dónde los empujaba la mano ciega de su torpe destino. Jamás se supo qué camino los trajo, qué suprema esperanza forjaban en sus propósitos. Un recuerdo conmovido para ellos: para los que se quedaron en aquellos tristes lugares, quieta, dulce, tranquilamente, durmiendo el sueño abrupto de los siglos.

Quepos...!

El muelle. El barco bananero. Las noches tremendas de los carguios...

Trabajábamos toda la noche, a veces bajo la lluvia. Bramante al hombro, banana al hombro, en un ajetreo feroz. Había cansancio

en los muslos y un sueño pegajoso por encima de los párpados resistentes. ¡Ah, el deseo de dormir siquiera una hora, de quedarse en un letargo de días sobre la almohada tibia de un seno de mujer!

Manolo Cuadra me reconvenía a veces:

-Sos muy rígido con el trabajo; aquí todo el mundo pechucea. Busca como descansar un rato; estás muy débil.

Y estaba débil en verdad. El paludismo me tenía inútil. Así fue como bamboleándome por el mareo de la calentura, fui a descargar un lanchón repleto de bananas a la orilla del mar. Nos alumbrábamos con grandes candiles de carburo, cuyo mal olor me subía el estómago a la boca. Junto conmigo había subido al lanchón un grupo de muchachos jovencitos, catorce o quince años a lo sumo. Los había arrojado la barriada sórdida de las ciudades hacia esa otra región, mucho más sórdida, del banano.

Yo, barbado, enclenque y mareado por la calentura, ofrecía un aspecto desconsolador. ¡Y vamos de acarrear bananas! Unas tras otras. Y más. Y más. Dos de los muchachos se encargaban en echarme la cabeza de bananos en el hombro: no había puesto una, cuando ya ellos tenían otra en el aire.

Sólo yo "conchaba". Los demás muchachos se mantenían a la greña:

-Oy, capataz: éste no quiere hacer nada.

-Yo soy, jueputá?

-Sí, vos sos el que estás de "pargo".

-Tu madre es la parga.

-La tuya...

-Mañana te rompo la trompa. Vas a ver!

Y yo, sin despego alguno, racimo tras racimo. Al fin protesté:

-No; si nadie va a trabajar, yo tampoco trabajo. No es justo que solo yo me friegue.

Todos los muchachos me miraron a la cara; luego, y con cierta piedad, la cintura, los zapatos. Después exclamaron casi en coro:

-Es verdad. Tiene razón... el anciano!

Y acto seguido:

-Oy, capataz, mande otros "concheros", porque este pobre anciano ya no aguanta...

Yo me mordí los labios de rabia.

Cuando al amanecer le conté este pasaje, Manolo Cuadra se escapó de reventar de risa.

A mí me llevaban los diablos.

12

Lo había conocido en la región bananera, algún tiempo atrás, regando veneno. Muchas veces por la mañana de los domingos, nos encontrábamos en el río. Los dos lavábamos nuestra ropa. Así lo exigía el sueldo que ganábamos. A fuerza de restregones en la piedra él luchaba por despegar de sus pantalones y camisas aquel polvo verde tan duramente adherido a la tela. Era el producto del riego del veneno para matar las plagas del banano; el chorro levantado por la manguera para bañar las cepas alcanzaba también al regador.

Después ya no volví a verlo, hasta que lo encontré en una de las ciudades de la Meseta Central. Desfigurado por completo, se vino a mi encuentro, con una sonrisa desconsolada.

-Hola! ¿Sabe quién le habla?

-Sí, perfectamente.

-Estoy mal, ¿sabe? Estuve hospitalizado. Salí porque, al fin, nada me hacían allí.

Sonrió con los ojos bajos. Tal vez evocaba los años de su vida ya liquidada. Yo sentía un malestar. Se me hacía embarazoso tenerlo frente a mí sin poderle dar un consuelo. Por decir algo le pregunté:

-Qué tiempo tiene de haberse venido de la zona?

-Ya tengo bastante. Primero me dio el paludismo, después la gripe. Y ahora ...

-No tiene esperanza de recobrar su salud?

Hubo como una iluminación en su rostro. Después se quedó pensativo.

-¡Ah, mi salud! Usted se acuerda, ¿verdad? Todo fue culpa del veneno... ahora mis pulmones no sirven. Y no soy solo yo el que ha corrido esta suerte. Hay muchísimos que empezaron por bañarse en el riego del veneno y terminaron en llevarlo hasta los pulmones por el conducto de las narices. Fuimos una especie de ratones adultos que caímos dentro de un charco venenoso, de efectos instantáneos.

Luego hay un declive ahogado en su palabra.

-Qué me aconseja usted, compañero? No puedo llegar a mi casa porque temo contagiar a mi gente; no quiero volver al hospital. Allí me siento constreñido, humillado. No puedo trabajar. Estoy desesperado. Estoy desterrado del mundo.

Sobre los tejados de las casas caía, como cernida, la luz de la tarde. Por las calles pasaban algunas muchachas sonrosadas por el clima. Había salud en todas ellas. El hombre de los pulmones enfermos ni siquiera volvía la cabeza cuando ellas pasaban. Era la vida la que discurría a su lado, y él estaba tan abatido... Mis ojos se alejaban del instante triste y se clavaban como los colmillos de un perro furioso de las caderas y de las piernas de las transeúntes.

-Pues a mi modo de entender, usted debe regresar al hospital, compañero. Puede que lo que usted tenga sea sólo una desesperación tal vez un poco absurda. Esa misma desesperación le hace ver las cosas de un tamaño que no tienen. Muchos como usted se han curado, no con el agua de la tinaja, sino cuando pusieron fe en las medicinas y ardor en el deseo de seguir viviendo.

Pasamos un rato más hablando de las posibilidades de la cura, del retorno de la salud. Después nos despedimos cerca del hospital. Lo tomé del antebrazo y le estreché la mano.

-Sí, -dijo él, contestando el saludo-, voy a regresar. Tal vez suceda lo que usted me dice...

Uniendo eslabón a eslabón en esta cadena de emociones que es la vida, recuerdo que en un mineral aurífero, en el sector occidental de Nicaragua, me encontré con muchos casos de tuberculosis. Jóvencitos de quince a diez y ocho años, víctimas de la peste, salían

hacia los diferentes hospitales del país, principalmente Managua, para no regresar ni al trabajo ni a la vida.

Cuando había para pagarles un pasaje, se les sacaba del mineral: cuando tal cosa no era posible, entonces se quedaban allí apestando a los demás trabajadores. Esto era lo más frecuente, ya que el salario que se devengaba no dejaba margen ni para guardar un centavo, y la higiene jamás pudo conocerse.

En ese lugar me encontré también con un hombre desesperado, atacado por el terrible mal. Desde el primer vomito de sangre que tuvo, sin poder ir a su casa, empezó por tomar algunos reconstituyentes de barata factura; y siguió trabajando. Un día, uno de los carritos que se ocupan para llevar la broza, al entrar en un túnel, le dio en el pecho, derribándolo. Lo levantamos bañado en sangre, arrojando sangre. El medio practicante que devengaba un tanto por ciento del sueldo de los trabajadores, lo examinó. Era posible que ya tuviera cavernas en los pulmones.

Así dijo el "medico" de la mina.

Cuando el obrero tuvo fuerzas para levantarse y se dio cuenta de su estado, se entregó a una completa desesperación. Nada lo consolaba. Cuando se le hablaba de juntar un dinero para mandarlo a su casa, solía contestar con displicencia:

-Yo que salí de mi casa para volver llevando dinero a mis hijos y a mi esposa, voy a regresar llevándoles el contagio más terrible que se conoce...

-Pues lo mandamos a un hospital.

-En los hospitales no curan nada. Que se vayan a la mierda esos centros de caridad...

En sus ratos comunicativos decía a sus amigos:

-Lo que voy a hacer cuando me sienta un poco más fuerte es agarrar la montaña. Tal vez me pique una víbora o me coma una fiera. Quiero morir lejos de todos estos chiqueros.

Una mañana no amaneció en la mina. Había tomado rumbo hacia la montaña. Huyó como otros muchos, con el mal auestas, a morir quién sabe dónde.

Algún tiempo después me encontré en un diario local a grandes titulares, con esta noticia halagadora:

"Nuestro país ocupa el sexto lugar en la producción de oro en el Continente".

Y yo me quedé pensando en la tuberculosis que asesina a los peones en la bananera tica, así como en la que diezma a los trabajadores nacionales en los centros auríferos, para que nuestro país pueda ocupar un puesto de honor en la producción continental.

13

Venía olorosa a sexo, a humedades marinas, a montaña cerrada y prodigiosa. El cabello leonado, como para hacerla más selvática. Nariz respingada, propia para los grandes suspiros. Era la selva concentrada en una mujer.

Cuando pasaba por entre los peones, éstos venteaban el aire y se quedaban alelados, medio tristes, como si la noche hubiera caído sobre ellos.

Antes, en los primeros años de su juventud, ella había llevado una vida borrascosa. El lupanar, el licor y el chulo supieron de esos primeros años de su vida. Quiso reprimirse un día, pero ya el mal lo tenía muy hondo. Fue infiel al hombre que le confió su dinero; desleal al hombre que le entregó su corazón. Era ya un caso más que perdido.

Aureolada por esa fama había llegado a la montaña. Los jefes la acechaban sin descanso. Para los peones aquello era un plato prohibido. Por eso cuando alguien de la cuadrilla se la quedaba mirando cuando pasaba, más de algún peón soltaba el trapo de la crítica despechada:

-Ah, baboso! Para qué la quedas viendo... qué caso te puede hacer!

Sin embargo, y con todo que ella rehuía a los jefes y a todo aquel que no lo fuera, se comenzó a murmurar. Un peón recién llegado la conocía. Y empezó el destrozo de la hembra por los colmillos de la cuadrilla.

-Esa no puede querer a nadie...

-¿Por qué?

-Porque el hombre que tiene en Puerto Jiménez es el infierno.

-Ujú?

-Dios guarde la encuentre con otro. La cocina a balazos.

-Que no sabe lo que tiene?

-Sí. Ella se vino enojada y ya se dice que anduvo con otros. Pero él se empeña en que es honrada, ¿y quién lo saca de allí?

-Vos estás creyendo en santos que orinan..

Había pasado días en acecho, según se supo en seguida. Buscando no ser visto por nadie, él había contado los pasos de la mujer. Ella, en verdad, tenía un amante. Por las noches, cuando ya la ranchería era todo un sueño, salía de su rancho, llena de precauciones, para dirigirse al que ocupaba el elegido de su cálculo.

Así fue como sucedió la desgracia...

En realidad, el hombre celoso era algo peor que una fiera. Elástico, ágil, liviano. Al compás del paso rápido, dos pistolas le bailoteaban en las caderas. Era un hombre que se jugaba la vida en cualquier albur.

Aquella noche, como en otras anteriores, ella se dirigió al rancho del amante y el hombre celoso avanzó resueltamente. Uno, dos, tres disparos. Un grito femenino entre las sombras, y luego el silencio. Un silencio apretado.

Al día siguiente hallaron al amante rígido, con un balazo en el cuello.

El hombre celoso y la mujer habían desaparecido. La montaña se les brindó para la fuga.

14

Confieso que soy enemigo de todo donde haya sangre de por medio, y por eso me repugnan las corridas de toros y las riñas de gallos, en que se sacrifica a estos animales.

Pero hoy, que desde temprano he pasado el domingo en El Pozo, buscando como distraerme, he asistido a una pelea de gallos, traídos ignoro de qué parte, para satisfacer el afán de los apostadores.

Cuando supe del espectáculo, traté de abandonar el pueblo, pero unos amigos insistieron que me quedara, y a regañadientes acepté la invitación.

En ese lugar pude ver la inteligencia de esos pequeños gladiadores, que desde que les calzan la navaja causan la impresión de que saben que están armados; se miran las patas y se picotean las ataduras del arma y se mueven a tientas, como para no enredarse en los pasos.

Me pareció que uno de los gallos era más pequeño y más débil que su rival, pero no por eso menos espigado ni menos resuelto para el combate; además, tenía unos ojos agresivos, como si estuvieran en una actitud de reto.

Los apostadores empezaron a "cazar" las apuestas, con sus voces de voy al giro, voy al colorado, tornándose todo en un momento en un vocerío en el que nadie podía entenderse con claridad, mientras los billetes pasaban de mano en mano.

Cuando la agitación se hubo calmado, se tomaron los gallos que estaban en el suelo y las navajas fueron desenvainadas; con las patas fuertemente agarradas, sus dueños los arrimaron a otro gallo que

también estaba en manos de otro hombre; se dieron de picotazos unos a otros, y cumplido el requisito depositaron a los dos peleadores en tierra.

Comenzaron por hacer un pequeño paseo, como midiéndose, como bastantando su fortaleza, y luego el que me parecía más pequeño, que era el giro, lanzó la primera estocada a fondo; su adversario la atajó airosamente con un ala y algunas plumas saltaron por el aire.

Pero a pesar de la galanura del atajón, tras la primera embestida el atacante siguió en la carga, como si estuviera dispuesto a salir pronto de aquella engorrosa situación; el colorado, esquivando los golpes, se fue para atrás, deteniéndose con las alas en el piso, con las patas abiertas, con el arma reluciente y amenazante.

Los hombres displayaban los ojos, diciendo a gritos que no le había hecho nada y atentos a los incidentes del ataque, que no decrecía, porque el giro casi se mantenía en vuelo, lanzando cuchilladas incesantemente.

Por fin el colorado reaccionó; entró con un navajazo feliz e hirió en un ala a su enemigo; luego prosiguió atacando y aunque el otro se defendía con la agilidad de un hombre avezado en las luchas de arma blanca, fue también herido en el pescuezo.

Los apostadores gritaban: te fuiste, gallo giro, te fuiste, gallo giro, mientras el animalito, vertiendo sangre, hacía grandes esfuerzos de valentía.

Pero no había llegado el final, porque en una de tantas acometidas, los dos rivales se entraron a picotazos, cansados ya del ejercicio de las patas; entonces el giro logró coger al colorado por la cresta, agitó la navaja al sol que contemplaba el salvajismo... y cuando me di cuenta el colorado estaba en el suelo, con una noble puñalada en el pecho.

Los hombres volvieron a corear: te fuiste, colorado, te fuiste, colorado; pero el gallo, aun estando en aquella situación, seguía en posición de lucha.

El giro se le acercó en un intento de remate, y volvieron a entrar en una nueva mordida; volaban las plumas y se esparcían por entre los espectadores cercanos; la sangre regaba la tierra, en tanto que las dos pequeñas fieras se hacían un sólo cuerpo, ansiosas de exterminarse mutuamente.

De esa lucha cuerpo a cuerpo, el giro salió perdidioso, con otra herida, esta vez en la pierna derecha; retrocedió un poco de su rival y se quedó también en el suelo, desangrándose; ambos hacían intentos para realizar nuevos ataques, pero no podían.

La gritazón era ensordecedora: este se va primero, este se va primero, y señalaban al gallo contrario al que los gritones habían amarrado sus apuestas.

Los dos animales estaban como en lucha con un sueño; desangrados por completo, se empeñaban en no clavar el pico en tierra; un lejano quejido o un lejano desafío salía de sus buches o quizá un leve estertor de muerte.

Sobre sus ojos luchaba por tenderse una telilla sutil, como invitándolos al sueño; los abrían de pronto y volvían a querer dormirse, levantando un poco el pico, para empezar a dejarlo caer lentamente.

Un hombre con una campanilla en la mano no quitaba la mirada inquieta de ellos, hasta que al fin la repicó alegremente sobre la cabeza de todos.

Luego levantó al giro en señal de triunfo, mientras el otro quedaba tendido en el polvo.

Había terminado la pelea; la sangre quedó pisoteada por el frenesí de los apostadores.

15

En Quepos conocí a Abelardo Cuadra. Delgado, nervioso, vibrante. Trabajaba allí en la cuadrilla de Barahona, un tico-nica hijo del doctor Humberto Barahona, batallador periodista y eterno exilado político nicaragüense.

Abelardo Cuadra había figurado como oficial en la Guardia Nacional, en Nicaragua, y según se supo encabezó una conspiración contra el gobierno, con lo que se vio metido en un lío en el cual por poco pierde la vida.

Ahora se encontraba en Costa Rica, en la región bananera, buscando una oportunidad para alargar el vuelo hacia cualquier otro lugar, en donde poder desarrollar algunas de sus capacidades intelectuales, fuera de la vulgaridad del ambiente que se respiraba en el sector del banano.

De noche nos encontrábamos en el campamento y hablábamos de todo lo que se nos venía a la lengua. Abelardo es un buen conversador, un hombre que sabe darle interés a las cosas que dice por poco importantes que sean.

En Nicaragua se aseguraba que como un incentivo a sus actividades conspirativas había prometido a cada soldado seguidor de sus propósitos el derecho de otorgarse el grado del oficial que suprimieran, así fueran los más elevados en el escalafón militar.

Pero en efecto, de lo que menos conversábamos era de política. A mí siempre me ha repugnado ese tema, por más que en algunas ocasiones el hambre y la penuria me hayan impulsado hacia sus orillas, en donde me he detenido, alarmado de su pestilencia.

Muchas veces a la pieza del campamento llegaba a interrumpirnos Enrique Bernard, después de haber andado todo un día manejando un tractor, y encantado de poder regresar a Nicaragua con una buena "burrucha", producto más que del trabajo de sus duras economías, ya que economizaba hasta el gasto de un cigarrillo.

Una noche en que habíamos hablado de todo, quise yo saber la realidad acerca del sonado asunto de su fracasada conspiración, de la que años después todavía se hacían eco Manolo Cuadra y el viejo general Moncada en una discusión pública sostenida en algunas publicaciones de Managua.

Con cierto gesto de desgano y amargura, Abelardo accedió a contarme lo que tantas veces posiblemente había relatado a los muchos preguntones que se le acercaban. Todo sucedió en forma muy simple. Una inconformidad entre una parte del ejército. Delegados que llegan para que él organice y encabece un movimiento... y el gusanillo de la ambición que le pica muy dentro, muy adentro.

En total, antes de que pudiera dar un paso sobre el plan trazado, ya los fieles al gobierno le habían caído encima; ya le estaban haciendo acusaciones; ya lo estaban poniendo en prisión; ya lo estaban reduciendo a la impotencia.

-Me pusieron en una jaulita tan estrecha que no podía estar con las canillas estiradas, sino que tenía que mantenerlas colocada sobre la pared, mientras la espalda descansaba en el piso.

Más tarde llegó un oficial:

-Teniente Cuadra, ¿cuál es su última voluntad?

-Estas medias lunas me las he ganado en una academia militar. Tengo el derecho de dejárselas de recuerdo a mis hijos. -Dije, mientras se las entregaba al oficial preguntador.

A media noche se apareció el horrible Escamilla:

-Teniente Cuadra, prepárese que al amanecer lo fusilo.

Desde esa hora, Abelardo Cuadra luchó por encontrar el sueño.

-Y cosa rara, poeta, no sé cómo pude dormirme un poco antes del amanecer; y entonces tuve un sueño: que andaba en las calles de Nueva York, lugar que no conozco, en compañía de mi hermano Luciano, y que él me decía, señalándome los grandes edificios: "Este es el Empire Building State, el más grande edificio del mundo; este es el Wolworth, este es el Rockefeller Center, una ciudad bajo tierra y entre nubes..."

Y yo me quedaba, poeta, con la cabeza doblada, mirando todo aquello tan elevado, tan colosal. De pronto me desperté. Ya había amanecido.

Yo pregunté por mi parte:

-Y qué sintió usted, Abelardo, cuando al ver que era de día no lo habían fusilado?

Y él con una sonrisa opaca:

-Hombre, sentí una tristeza como cuando a uno lo deja el tren.

16

Cuando empecé a trabajar en finca N, me resultaba cargoso el peón aquel. Me impacientaba. Pertenecía a nuestra cuadrilla; pero cuando se encontraba con los hombres de la cuadrilla de Vega, era todo una atrocidad. Se barajaban las bromas más ásperas.

-Tu mujer pasó la noche con otro. No me dejaron dormir. En la mañana le di un pellizco en la nalga porque la tenía de juera. Así la gran nalgota...

El otro contestaba:

-Bueno, pero jueron cinco pesos y ya me los bebí...

-Cinco pesos? Tá barata... préstamela esta noche.

Sin embargo, aquel peón ignorado como todos, tenía sus virtudes. Venía de la montaña. Se había criado frente al paisaje hostil a toda inquietud humana. Aunque él jamás tuvo inquietudes, sabía sí que había una vida distinta a la montaña y la cuadrilla.

Una vez se me acercó. Fue entonces cuando empecé a guardarle estimación. Se investigaba en esos días quién había roto unos estañones de gasolina, cuyo contenido se había derramado sin quedar gota en los recipientes.

-Cree usted -me dijo el peón- yo sé quién rompió los estañones. El dice que fue por contingencia. Es cierto que él no es mi amigo, pero es mi compañero, ¿verdad?

Meditó un poco, agregando en seguida:

-Y por qué vo a entregar un compañero a la policía? La policía es contra nosotros porque tá al servicio de los jefes.

-Quién te lo dijo?

-Indiay? No echan preso sólo a los peones y a los jefes no les hacen naá por más que se emborrachen y luchen a las criaas...?

Yo quedé con los ojos displayados de sorpresa.

Trabajábamos muchas veces bajo una llovizna pertinaz que no nos dejaba sosiego. Los peones se entretenían en fisguitar a Castro, el hombre de más edad en la cuadrilla. Era éste un nicaragüense que se había marchado del país hacia treinticinco años. No sabía de su familia, ni le interesaba tampoco. Jamás supe en qué pueblo de Nicaragua había nacido. Se jactaba de haber "despachado" a dos hombres. Y allí, en el mismo lugar en que estábamos, andaba uno con una mano encogida, a causa de unas heridas que él le diera. Cansado de las fisgas, Castro se revolvía enojado:

-Bueno, pues aunque lo duden, ya he matado a varios...

-De la bolsa, viejo.

-Así les parece.

-No, viejito, ya no la soplás. Ya quedaste pa la historia...

-Pero si me prestás a tu mujer no dice lo mismo: yo toy juerte todavía.

Alguno intervenía:

-No les haga caso, tío; es por corromperlo.

-Pues que vayan a corromper a su agüela...

Pasaba una mujer.

-Ve, menita, este viejito (señalando a Castro) tá loco, ya sabés por qué...

Más adelante saltaba el peón de las bromotas:

-Y yo también toy loco. Sacame e penas, chancha.

La mujer no alzaba a ver siquiera.

-...sí, sacame e penas... sólo una tantiadita...

-Pues tateá con tu madre.

-No, con vos quiero tantiar, putilla e mierda.

La cuadrilla quedaba en suspenso, oyendo todo aquello. Solo yo continuaba indiferente, trabajando. Un día, después de haberse repetido este vocabulario, el peón avanzó hacia donde yo estaba, y dándome una palmada cordial en el hombro:

-A usté no le gusta, camaraá, oirme hablar en esta forma. Yo lo sé. Pero me gusta fregar a esa perra. Con uno es una tufosa y cuando ve a un jefe hasta le baila las naigas...

Ante mi silencio, continuó:

-A las mujeres que son pa nosotros hay que defenderlas como dé lugar. Pero a esas perras con uno, putas con los grandotes, no.

A la hora del almuerzo, cuando quedamos solos, se sentó a mi lado.

-Y dígame, camaraá, cómo son esas sus ideas? Yo no entiendo ni jota de eso, pero aborrezco a los jefes y eso creo que tá bueno pa el comienzo...

Le dí algunas explicaciones. El asintió con el mayor convencimiento:

-Muy bueno, camaraá. Toy claro. En cuanto aquel cabrón me diga que todo es cosa de Dios y que todos nacemos con distinta estrella, te vo a dar un planazo. Por eso andaré con el machete.

Un domingo me invitó:

-Vamos al Pozo, camaraá, dicen que llegaron unas mujercitas!

Acepté la invitación. Al salir nos encontramos con Miguel, el mulero.

-A dónde van?

-Al pueblo. Hay muchas mujeres. Vamos?

-No, no tengo ganas.

-Claro, si todas te las quitan las mulas, cochino.

-Así será -contestó medio amoscado el mulero- pero no voy a comprar una gonorrea por diez pesos.

En el transcurso de los días seguimos conversando alrededor de las *ideas*. Fuimos buenos amigos. Se llamaba Higinio López y había sobrevivido a la tuberculosis que diezmó a sus compañeros en la terrible región del Atlántico y en las ásperas montañas de Chiriquí.

17

Cuando yo era en el vapor "Victoria", sobre el lomo del Gran Lago, un honorable Guardanoche, pasó Manolo Cuadra con rumbo a Costa Rica. El poeta quería a toda costa guardar el incógnito en el transcurso de su viaje. Tenía temor a un regreso. A volverse, maleta al hombro, a la ciudad que dejara con el propósito de no regresar jamás. Ya no quería aquella vida sin perspectivas, donde la sangre de su juventud se escapaba, a gotas lentas, en el diario trajín, entre el cretinismo pululante y la renuncia involuntaria, por la pobreza misma, a todos los goces de la materia.

Manolo Cuadra había vivido una vida vegetativa, a pesar que su espíritu pugnaba por llegar a otros planos intensos, de batallas galantes, donde se conquistara el dolor de una puñalada por la sonrisa de una mujer. Aherrojado entre las paredes fronterizas de Nicaragua, encontró un día un horizonte halagador y extraño que lo llamaba. Y allá se fue su figura esbelta y atlética, en busca de la emoción de la vida agitada donde abreviar las ansias de su temperamento.

Más camarada en la aflicción que compañero en la juerga, a este Manolo Cuadra tuve la suerte de encontrármelo en medio de la maraña tica, entre la peonada dolorosa, siendo peón él también. Pudo haber llegado a ser otra cosa, pero...

-Aquí es donde se aprende a ser hombre y a ser humano. Yo ignoraba esta vida en Nicaragua. Me había acostumbrado a ser un parásito en las pensiones que mujeres amables administraban. Hoy vivo la vida del hombre primitivo y moderno, de hacha, machete y sudor.

Y amarrados por doble lazo, el de viejos camaradas y el de la inquietud artística, desde entonces fuimos inseparables.

Sobre sus treinta años tristes ya el viento del desaliento había agitado sus ramos. Renunciando a todo, quería llevar una existencia montaraz, para ver "qué decían sus viejas amantes de Nicaragua". A todo anhelaba, porque el anhelo es eterno. Pero sin envidias y sin rencores. Cómo iba él a alimentar esas pasiones, cuando ya se había topado por todos los senderos con los asnos pedantes cargados de oropel, en el desempeño de ruines misiones? Huyó de Nicaragua para no encontrarse con esa diaria procesión en las calles. A fuerza de ser humilde aquí iba a terminar por confundirse con los olvidados de todas las leyes y que, en la montaña, sólo buscan el más leve motivo para darse una ley con su propia mano.

Y hablábamos de todo. Ya conocíamos nosotros de cómo se engordan los bolsillos agresivos en la fuente de todos los desprestigios; chabacanos de alcurnia pseudo caballeresca, eminencias de tierra sucia, que desfilan estirados entre su cretinismo triunfal y terminante. Poetas y escritores exclusivos de uno de tantos diarios planchosos de Managua, mientras se cierran las columnas y los labios de los pontífices de la porquería a todo lo que positivamente vale. Politiqueros del montón, abrumados bajo el peso de tantos adjetivos colocados por el servilismo y la adulación.

Para esta clase de personajes tan abundantes en nuestra fauna social, política y literaria, iban casi a diario nuestros mejores pensamientos.

Cualquiera que haya pasado por algún tiempo junto a Manolo Quadra, se dará cuenta exacta de las contradicciones, de los bruscos cambios que se operan en su ser. Así por ejemplo, amigos que hoy le arrancaron los más caros elogios -caros, porque él es parco para estas cosas- al día siguiente le desmerecen toda consideración. Y aunque él aparentemente tratase de disimularlo, no podía ocultar la llama que lo quemaba en el afán de un retorno.

-No, no quiero ir para quedarme, sino sólo para juntarme con nuestro inolvidable Chepe Chico Borgen y otros amigos más, e

irme a una de esas cantinitas polvosas, ya pasadas de moda, en los alrededores de Managua, para, entre trago y trago, hablar de viejos versos y de viejas amantes. No te parece que sería una borrachera delicada? Así quisiera un regreso...

Y ya medio triste, frente al viento del mar ululante, se ponía a tararear alguna vieja canción de Gardel.

Yo le reprendía muchas veces por sus continuas bebederas:

-Si piensas ir a Nicaragua debes empezar por recoger, por ahorrar. En seguida te vienes. Acuérdate de aquella coyotería de Managua... Debes llevar dinero.

El me contestaba con la mayor violencia:

-¡Qué voy a ir yo a Nicaragua! Aquí me quedaré toda la vida. Sobre todo ir por beber con ese Chepe Chico infeliz que hasta a mí me hizo pedir muchas veces para darle... Que no me frieguen; que se vayan todos al infierno!

De Carlos Leclair me dijo una vez:

-Yo derramaría la sangre de ese hombre con la misma indiferencia con que derramaría la de un perro.

Días después, enternecidamente, había cambiado de opinión.

-Leclair es lo más humano que yo he conocido. Un gran compañero. Un gran amigo. Hasta hace poco me di cuenta de esa realidad...

Luego cambiaba de tema:

-Qué vaina la mía: no puedo ir a San José. Estoy enamorado de una mujer y no puedo hospedarme en el hotel que ella tiene...

-Por qué?

Y con un sobresalto:

Me sale Teobaldo.

-Quién es Teobaldo?

-Un hombre que, desde la primera noche que anduve con Amighetti en San José, se me apareció en mi cuarto del hotel a decirme un su secreto, el que no tengo valor de escucharle!

-Un muerto!

-Sí, hombre.

-Y cómo sabes que se llama Teobaldo?

-El me lo dijo la primera noche que hablamos...

Me pasé la mano por la frente dando a entender mi incompreensión.

-Pues sí: la primera noche que estuve en San José, Amighetti me dijo que me iba a presentar un amigo. Ya en mi cuarto de hotel, en la madrugada, me desperté como bajo el efecto de un golpe sobrenatural. Frente a mi dormitorio había un hombre: vestido negro, bastante ajado; sombrero negro; la cara como si el arado del tiempo hubiera pasado, hollándola. Como aun estaba bajo el efecto de la cerveza, creí que era el amigo prometido por Amighetti, y me puse a platicar con él. La conversación tomó un giro inesperado, lleno de subterráneas sospechas, de escalofrantes revelaciones; y cuando quiso hablarme de su secreto, eché a correr enloquecido y fui a amanecer a uno de los establecimientos nocturnos de San José. Desde entonces su visita fué constante...

Aquella noche yo no pude dormir. Teobaldo estaba en mi pensamiento, con su ajado vestido negro, su sombrero de moda atrasada y su cara donde el arado del tiempo había pasado dejando una holladura de ultratumba...

Sobre el deslumbrante mar costarricense donde la luz verdosa del crepúsculo juega con el verde claro de las ondas; entre la montaña tica, sonora y trágica, donde la peonada se queja tanto bajo la bota del connacional como del extranjero, ante el visto bueno de la autoridad que devenga un sobresueldo de la Compañía por aceptar todas las infamias que se cometan; donde el capataz servil,

encumbrado y presuntuoso es la única razón de ser; Manolo Cuadra y yo nos apuntamos un itinerario espléndido a pesar de la tanta miseria que vimos y vivimos.

Puntarenas, Quepos, Puerto Cortés, Golfito, Río Claro, Piedras Blancas. Todos estos lugares supieron de nuestra presencia, de nuestra incolmada inquietud andariega. Allí vivimos el dolor ajeno junto con nuestro propio dolor y allí, para mi personal satisfacción, acabé por conocer a Manolo Cuadra, el poeta más humano y sobre todo más lleno de contradicciones que haya pasado rozando mi blusa de escritor y de peón.

18

Mientras soslayo la tierra nicaragüense a bordo de un tren de pasajeros, voy haciendo comparaciones. El convoy va deteniéndose en cada estación que encuentra en el camino. En cada una de ellas multitud de mujeres misérrimas invade los carros. Todas van enarbolando, con voces chillonas o gangosas, su mercancía:

-El tiste?

-Los pescados fritos?

-Las cazuelas?

-El chancho compuesto?

Estos anuncios se convierten en una letanía monótona en el transcurso del camino. Niños y niñas también llegan, sucios y raídos. Las niñas llevan ventas. Los chicos se pelean por bajar una maleta.

-A mí me dió primero, señor.

-No, señor, yo se la voy a bajar...

este ya gano bastante

Y en torno a la maleta forcejean endemoniadamente.

Viajando de Puntarenas a San José me encontré con una cosa análoga. La misma miseria a través de la tierra costarricense. Los mismos niños lánguidos esperando la valija pasajera. Las mismas chicas ofreciendo golosinas al viajero. Sólo sí que un poco más limpias y un poco menos raídas. La monotonía de la repetición en el anuncio es la misma, desolada y triste:

-Los gallos?

-El fresco?

-Quiere gallo, señor?

Las chicas van descalzas. Y son blancas y bonitas. Desde mi ventanilla yo observaba el rubor de sus rostros al ofrecer su venta al pasajero. Lo mismo noto desde esta otra ventanilla del tren nicaragüense. Allá fue en Orotina, la ciudad asentada ya en el frío de la Meseta. Aquí es en La Paz, el pueblo industrial enclavado como un ombligo entre las florecientes ciudades del occidente y del oriente del país.

No hay diferencias fundamentales entre ambos pueblos ni en ninguna de las ciudades de los dos países. El mismo termómetro económico marca la angustia de la generalidad de sus habitantes. La misma mendicidad infantil arrastrándose por doquier. Allá como aquí el cuerno abundante de la miseria se volcó con toda prodigalidad sobre la vida ciudadana. En las calles deambula una multitud triste y desilusionada. Hay un cotidiano desfile de congojas.

Sobre las avenidas opulentas de avisos luminosos... frente a la vitrina que grita el último golpe de la moda, discurre el harapo que humilla. Pobreza y aflicción en todas partes. Los trenes que soslayan la tierra son un reflejo de ese loco afán por vivir, por subsistir, mejor dicho, entre el cleaje enloquecido de la economía.

19

Era pequeño, desmedrado, enclenque. Su nariz sufría un impedimento para la completa respiración. Y a su edad -siete años miserables- ya le habían operado un pulmón.

Se arrastraba con su madre y con tres hermanitos más por aquellos caminos de miseria y de humillación. Cuántas veces su madre sufrió la vergüenza de ser arrojada de las casas de la Compañía, porque la Compañía no acepta mujeres solas ni a veces acompañadas. Obliga al obrero a un celibato forzoso, mientras las mujeres son echadas como objetos inútiles por el mandato de cualquier bribón antojadizo.

Tal es el drama de aquel sector. Drama oscuro, sin resonancias metálicas, donde el hombre lujurioso que posee un cuarto, lo tiene todo: desde el cinismo de la oferta, hasta el derecho de arrojar al día siguiente a la mujer que introdujo el día anterior con la promesa de una mancebía legal. Eso es de uso corriente en aquella región. Los malvados y los vende farsa disfrutaban de un agosto copioso, engañando a la mujer que ambula por un decreto vil de jefatura.

Antes que el uso de la razón asome a su vida, ya Franklin, el pequeño niño de este recuerdo, sabe de las vergüenzas de los lanzamientos caseros: eso de ir siguiendo a la madre por los largos senderos de la desolación. Infancia que no es infancia. Inocencia violada por la humillación y la miseria.

La señora anduvo por algún tiempo sola. Arrojada de aquí, echada de allá, concluyó por hallarse un compañero. Cobarde y despótico el tal hombre, empezó por darle maltrato a la señora y por último a los niños. Odiaba a Franklin, por desmedrado. El pobre niño

asmático sufría el desafecto del padraastro con la mayor dulzura. En llegando el hombre, él se le aproximaba, encogido y humilde.

Y sucedió lo que era de preverse: después de un violento pleito con la madre, el valiente en infamias dio una palmada en la boca del niño, haciéndosela sangrar en abundancia. Llevado a la policía había alegado su inocencia: no hubo intento; el golpe era hijo de la casualidad. Y todo había quedado arreglado.

A mí me ardían en la sangre los labios rotos del niño; a mi compañero, Antonio Ramírez, también. Así es que preparamos la revancha, la venganza de aquella boca ensangrentada.

-Tú lo insultas porque te odia; si sale, te "mancuernas" con él. Yo llego en seguida. Si no sale, entonces queda humillado.

-Aceptado, contesté.

Y cuando fueron las diez de la noche salimos hacia el rancho pajizo que ocupaba el cobarde. El y yo nos aborrecíamos; así que sólo era cuestión de alzar la voz para que la querella estuviera armada.

-Yo me quedo aquí, -me dijo Ramírez-; tú vete a insultarlo. Vamos a darle una lección para toda la vida.

-Sí, pero nada de armas: trompada limpia y nada más, hasta reventarle el hocico...

Y resueltamente avancé hasta el rancho...

Por entre las cañas mal juntadas de la pared, medio introduje la boca y con el mayor vigor aullé mi reto:

-Salite, pendejo! Te voy a demostrar cómo se le pega a un niño...

Hubo un movimiento en el camarote. Una voz de mujer se alzó, injuriosa. Y el hombre, aquel valentón que abofeteaba a los niños, salió del rancho, sin armas. Lo recibí a bofetadas, y él, virilmente, replicó el ataque. Entre la noche las trompadas sonaban como a voces de escándalo. Las palabras de la mujer se hacían suplicantes:

-Venite, Luis, para qué le hacés caso a esos borrachos?

De pronto, mi compañero Antonio Ramírez, lanzó un grito de guerra:

-Aquí estoy yo!

Y de un salto se puso entre nosotros.

El hombre, sorprendido en su defensa por un nuevo atacante, se acobardó más de lo necesario y, sin tener tiempo para entrar a su rancho, emprendió una veloz carrera por entre los zarzales que rodeaban su vivienda. Tras él, nosotros corrimos en un loco intento de darle alcance. ¡Imposible! El hombre corría como un caballo...

Al día siguiente no llegó al trabajo... ni en todo el largo tiempo que allí permanecí.

La carrera había sido definitiva.

...Ahora lo recuerdo: era pequeño, desmedrado, enclenque. La nariz sufría una impedimenta que lo hacía respirar dificultosamente, y a su edad -siete años infelices- ya lo habían operado de un pulmón...

¡Pobre niño!

20

A pesar de la deshumanización que se observa en estos lugares, la humanidad de la gente humilde siempre es digna de encomio.

Bajo el harapo que cubre las carnes de los miserables parias de la bananera, hay corazones que palpitan con generosidad que conmueve, con todo y que el carácter sufre terribles alteraciones frente a tanta estrechez de la vida, frente a las renunciaciones y a las resignaciones.

Aquí he conocido a una mujer nicaragüense llamada Gladys; morena, servicial, entregada a los quehaceres agotadores, siempre vislumbrando y acariciando un regreso a la tierra donde vio la primera luz de la existencia.

En estos sitios las mujeres trabajan como bestias de carga: cocinan, lavan y planchan ropa ajena, esa ropa sucia, lodosa y hedionda a sudor; luego se dedican a la tarea de hacer una que otra actividad, como amasar y "hornar" pan, vender arroz con leche, cajetas y atolillo que ellas mismas elaboran, en un enloquecido afán de juntar algunos colones.

Además, la mayoría da de comer a la mocería, lo que las obliga a estar de pies desde las cuatro de la mañana, para que el desayuno esté listo a las seis, hora en que los peones van rumbo a sus trabajos.

Hay que decir que las nicaragüenses son las que más se entregan a estas labores, con una fortaleza envidiable y digna de mejor suerte.

Gladys era una de ellas, y le tocó vivir una de las tragedias más dolorosas, de esas que parten el alma y más aún cuando esa alma corresponde a una mujer de su sensibilidad, dueña de un altruismo de tan honda factura.

Camino de Palmar a Puerto Cortés había una pequeña finca donde se fabricaban tubos de cemento para los trabajos de la compañía; el vigilante era un viejo nica que vivía con otra vieja nica, ambos tan pobres como una rata de iglesia.

Tenían un niño de muy escasos años, cuatro supongo, desnutrido y cubierto con andrajos; y ese horrible día, al estar jugando entre los tubos, fue mordido por una terciopelo.

En medio del laberinto formado por los dos viejos, que no hallaban qué hacer, pasó la "cazadora", y cuando los pasajeros se dieron cuenta del suceso, le dijeron al chofer que se llevara al pequeño al hospital más cercano; él alegó que no podía, porque estaba lleno el pasaje, y entonces una señora dijo.

-Por eso, no; lleve al niño y yo me quedo.

Fue imposible, el desgraciado fue dejado en el mismo lugar y, como era natural, sin combatirse eficazmente el veneno, murió.

En contraposición a la dura y criminal actitud del chofer, Gladys demostró todo lo que tenía de humano en su pecho; la fatigada mujer casi enloquece cuando se enteró de aquella muerte, ya que ella conocía al niño.

Todavía recuerdo su desesperación, la angustia de sus gritos, poniendo en duda la existencia divina, porque no podía creer que habiendo un Dios se diera aquel espectáculo, en que un inocente haya sido víctima de una víbora.

Por más que trataban de calmarla, todo resultó inútil, ya que nadie podía convencerla de que aquello fuera natural, cuando a su entender un niño debe estar protegido por los moradores de los lejanos y vacíos cielos.

Después me puse a pensar en sus razones, y yo, que siempre he sido un descreído, estuve de acuerdo con ella, con esa mujer humilde, cuya inconformidad me pasaba tocando de muy cerca, muy adentro, muy hondo, porque no es fácil aceptar la muerte de un niño infeliz, sobre todo cuando se produce en aquellas circunstancias.

Sobre el hoyo abierto para guardar su pequeño cuerpo, yo no dije una oración, sino que se me saltó un reniego...

21

Que el trabajo había entrado ya en una completa crisis lo demostraba la afluencia de brazos a todos los puntos de ocupación. Ya se peleaba por apuntarse en las libretas de tiempo. Había desbarajuste en el presupuesto del obrero. Familias enteras llegaban y partían, como esas aves de estaciones precisas, en busca de contratistas a quienes vender sus energías.

Los campamentos quedaban solos y los camarotes, donde días antes las conversaciones eran animadas, se tendían sumisos y despreocupados a las miradas de los viajeros. Todo asumía el aspecto de una retirada militar. Sólo los ríos continuaban su eterna corriente, oponiéndose como un valladar a los pies de los trabajadores.

Humberto Lavadi estaba en Quepos. Sufrió un accidente grave trabajando con un contratista para la compañía. Los contratistas son una especie de tubo de escape de la bananera. Cuando el obrero que con ellos trabaja sufre un percance, no tiene derecho a exigir nada. Lo más que hará el dueño del contrato con el peón que se inutiliza, es mandarlo a un hospital para que allí se quede contando estrellas. No hay ley de accidente que valga. Para eso la compañía salva su responsabilidad, burlando la ley, por medio de su perro de presa: el contratista.

Yo conocí a varios de ellos, desalmados explotadores, que, a la par de una mujer de cualquier vida, se establecen en la montaña y con un grupo de peones mal pagados y desnutridos, cumplen su contrato de volcar la selva por medio de aquellos brazos miserables, frente a los ojos cobertores de los altos jefes.

La más fuerte afluencia de brazos estaba en Quepos. Los cargueros eran un aliciente para los desocupados. A Quepos se iban a buscar cómo lograr siquiera un sólo embarque de fruta en la semana. Se registraban luchas diarias entre los que querían ocuparse.

En el muelle los capataces se multiplicaban; y los obreros también multiplicaban sus voces para ser oídos.

-Don Pancho, apúnteme a mí...

-A mí, don Pancho...

-Don Pancho...

-Don Pancho...!

Era una pugna desesperada. Los capataces se movían de un punto a otro, y hacia allá se movía el bullicio humano formando un oleaje ensordecedor. El compás de los capataces movía la hamaca de la multitud en lentos mecidones.

-A mí, don Pedro.

-Don Julio.

-Jesús, don Pancho...!

Los capataces imponían el silencio a medias:

-A los que sean más viejos trabajadores de aquí, se les dará trabajo. A los nuevos, no.

Entonces se formaba otro bullicio: todos eran viejos trabajadores. Allí habían nacido. Otros allí habían encanecido. Humberto Lavadi, todavía con los pies doloridos y enclenque por la calentura luchaba a la par mía, entre la multitud. Manolo Cuadra se subió a un cajón que halló a mano, y se dejó oír a gritos. Señalándonos a los dos, a Lavadi y a mí, le decía al capataz:

-Vea, apunte a estos muchachos. Están flaquitos desde que les dió el paludismo en Puerto Limón.

Y otro peón protestó:

-Qué tiene que ver Limón con Quepos? Allá también a mí me dio la malaria y con todo eso aquí nunca me han dao trabajo.

Desde el cajón Manolo tenía a raya al capataz:

-Vea, señor: aquí están los dos flaquitos que le digo. Son flacos pero buenos.

Después de tres horas de forcejeo, me apuntaron sólo a mí.

Humberto Lavadí tenía una niña enferma y a mi hermana Cándida, su esposa, también. Indignado porque su nombre quedaba fuera de la libreta de trabajo, dejó caer los brazos y se marchó llorando para el campamento.

Tenía tres semanas de no trabajar.

22

Había afán de amueblar la casa. Mister James estaba ya enterado. La señorita vendría a fin de mes. De una de las ciudades del interior de los Estados Unidos, donde se refocilaba la familia del jefe de la zona, aquel gringo regordote como una pelota de carne, se había recibido el aviso. Por eso los peones andábamos más atareados que de costumbre. Rosado, el capataz, nos agujijoneaba de lo lindo.

Pesadas refrigeradoras, agobiantes cocinas de hierro eran transportadas sobre nuestros hombros a través del terreno fangoso. Costaba un mundo levantarlas del suelo. Ya al pie de la escalinata, el ama encargada de cuidar la casa, refunfuñaba:

-Quítense los zapatos. No pueden ensuciar el piso con esos pies tan cochinos.

Con miles esfuerzos bajábamos la carga. En uno de tantos viajes, Manuel Sánchez, a quien se le había metido el lodo entre la bota, subió con los pies sucios la escalinata. El ama puso el grito en el cielo.

-Agarre el lampazo y limpie ese lodo. Su pie es una pata de cerdo. ¡Puerco!

Hizo un remolino con la lengua y desde la ventana dejó caer una salivota en el vacío. Manuel tomó el lampazo y despegó el lodo a restregones. Después, ya marchando a nuestro lado, se volvió de pronto y levantó la mano amenazante hacia la casa:

-Vieja infeliz. Mi pie está más limpio que su alma...

A fin de mes la señorita llegó a la zona. Larguirucha, pálida, como una cucaracha recién nacida. Jamás les dirigió una mirada a los peones. Para qué? Eramos el bagazo social. Instrumento de carga y de humillaciones. No estábamos allí para ser mirados por las señoritas sino sólo para ser acariciados por el vergajo del capataz. Subíamos la escalinata de la casa con el espinazo doblado bajo el peso de la carga:

-Dónde ponemos esta fruta, señorita?

Ella miraba distraídamente a otro lado y no contestaba. Nosotros seguíamos doblados bajo el peso en espera de una orden. Al rato se dejaba oír la voz de la señorita, llamando a la criada:

-Ramona, vea qué quieren esos hombres...

Esto nos violentaba hasta el exceso. Salíamos de la casa lanzando injurias contra la gringa...

La señorita se entretenía en mirar el paisaje por las tardes y montar a caballo con las canillas abiertas, en compañía del ama de casa. De vez en cuando contestaba el saludo de alguno de los esponjados empleados de las oficinas.

Nosotros, ante la insolencia de la yanka, tomábamos revancha en nuestras conversaciones. Siempre que pasaba junto a nosotros, las lenguas se soltaban picantemente:

-¿Creen que yo dormiría con esa espina? Ni que estuviera de más: se me puede enterrar en un ojo.

Más tarde la comidera comentaba en alta voz:

-Tan gran cosa que se hace y les aseguro que, por lo fea, no hay hombre que le haga caso...

Todos los peones coreábamos el chiste.

Una vez la señorita tuvo un accidente. Al pasar a caballo frente a la cuadrilla, la cincha de la montura se reventó y ella escapó de darse contra el suelo. Aquella fue una muda manifestación del rencor que sentíamos contra todo lo que nos humillaba. La cuadrilla se quedó sin

hacer un gesto. La señorita miró por todos lados en busca de ayuda, y sólo se encontró con los ojos burlescos de los peones.

Entonces fue cuando el capataz Rosado acudió a prestarle auxilio; pero jamás había recibido una rechifla tan grande. Aturdido y pálido volvió donde nosotros.

-Hombres, no sean vulgares...

Su reprimenda encontró una inmediata réplica de labios de aquel peón cuarenteño, que ostentaba dos cicatrices en la cara.

-Es preferible ser vulgar y no servil, -dijo, agregando con insolencia:

-Estas heridas que tengo en la cara no me las han dado ni por santo ni por diablo, sino porque los capataces no lo dejan a uno trabajar honradamente.

Más tarde, al acostarnos, entre el hedor de la ropa sucia y el de los pies remojados, el peón aquel remató sus convicciones:

-Además, los capataces ya le han puesto querencia a la vida porque son jefes... pero nosotros no tenemos nada a que ponerle cariño.

Dormíamos hacinados como palos de fósforos dentro de la caja. En cuartitos de angustiosas dimensiones nos ahogábamos diez y doce hombres en camarotes de tablas rígidas, pobladas de jelepates. A veces en esos camarotes, de una anchura asfixiante, dormía una mujer acompañada de su hombre. Se recurría a tal extremo en vista de que la compañía no daba casas donde pudieran vivir los peones con sus compañeras. El hotel y las casas se habían construido para empleados solteros y empleados que tuvieran mujer.

Manuel Sánchez apresuró los acontecimientos. Nos ocupábamos de seleccionar la fruta que iba a la casa de los jefes, cuando vimos venir a la señorita. Manuel armó el plan.

-Le voy a dar un naranjazo. Todos se callan la boca...

Y, certeramente, sabiendo que la señorita estaba a sus espaldas, a pocas varas de distancia, lanzó la naranja podrida hacia atrás, por encima del hombro. La gringa recibió el naranjazo en mitad del pecho. El jugo espeso y hediondo se extendió por el vestido. Ella se sacudió con asco, mientras sus ojos azules centelleaban...

El yankee llegó en seguida, con la escopeta entre las manos. Mandó formar a la cuadrilla... Rosado se multiplicaba en manifestaciones serviles. El gringo, encarándose con los peones en fila, mostraba en su mano el vestido manchado de la señorita.

-Quién lo hizo, usted?

-No, señor.

-Usted... usted... usted...?

-No, señor.

-No, señor.

Recorrió la línea varias veces, repitiendo las preguntas. En seguida se dirigió al capataz:

-Busque nueva gente... estos hombres son malos.

Nos miró nuevamente y se marchó acariciando el calibre de la escopeta. El peón de las cicatrices comentó:

-Yo pudiera quedarme; pero no vendo a mis compañeros. Al contrario: si el macho se hubiera atrevido, yo no soy tan santo que se diga...

Al día siguiente y frente a la altanería de la señorita, nos dieron el tiempo. En el momento de hacer su maleta, Manuel Sánchez dijo, sin ocultar su rencor:

-Lo que me arrecha es que me corran por esta cucuracha tierna.

23

Como en aquel lugar de la zona el trabajo había escaseado, lié mis maletas y me fuí a otro sector en busca de quehacer. En el viejo lugar se quedaba la dulce Carmen López, ejerciendo aun en la distancia las funciones de mi mujer, para mientras yo regresaba.

Desde el sitio de trabajo donde llegué, le escribí una carta que ella me contestó. El nuevo lugar era una finca rodeada de casas de dos pisos de la compañía y en ellas se apiñaba toda la gente porque no había campamento. De noche la peonada andaba buscando un resquicio donde guarecerse, donde acurrucarse, porque obligadamente todos los días se cambiaba de dormitorio, ya que el lugar le correspondía al que lo ocupara primero.

Trabajaba para un contratista nicaragüense, colocando torres para el riego de la nueva plantación. Era una tarea endiablada, donde los hombres andábamos con el lodo al tobillo debido a los grandes aguaceros. En mulas llevábamos el balastre hasta el sitio de trabajo: mulas indomables, chúcaras, que sin la menor razón le aventaban las patas al peón que tras ella iba.

Allí conocí a aquel hombre de amplia mandíbula, con los dientes ensortijados de oro, que desempeñaba el cargo de amansador de animales. Y allí también tuve lugar de ver a ese verdugo amansar a una mula nueva que se resistía al trabajo. Primero lazó al animal, le echó unas maneas a las patas y lo derribó a tierra. Acto seguido le amarró un trapo en los ojos. Después armado de un grueso leño le empezó a dar golpes en la cara y la cabeza, con una furia infernal. La pobre mula, ya sin maneas, pero atada a un poste, retrocedía, se espantaba, cabeceaba, luchando a ciegas por eludir el castigo implacable. Por dos veces cayó al suelo, gimiendo, mientras el leño

continuaba en su bárbara labor. Cuando los golpes terminaron, el animal quedó temblando de pies a cabeza, como si un frío polar lo sacudiera.

Al día siguiente el hombre volvió al suplicio. Allí estaba la mula con la cara ensangrentada, sin comer, sin beber. Cuando sintió que alguien se acercaba, arrugó las orejas y preparó las patas. Mejor no lo hubiera hecho. Inmediatamente entró en acción el garrote, martillándole la cabeza, haciendo saltar en astillas la sangre hecha coágulos del día anterior. Volvió el animal a quejarse, a retroceder, casi a pedir perdón. Pero nada. Le dieron y le dieron, hasta el punto de hacerlo arrodilarse. Ese día tampoco bebió ni comió. Fue a la tercera llegada del amansador que la mula pudo quedar libre del trapo que le cubría los ojos. El hombre se acercó y de un tirón le arrancó la venda, llena de sangre seca. El animal dejó ver entonces los dos ojos casi cubiertos por las grandes inflamaciones.

En seguida la tortura tomó un nuevo aspecto. El amansador le puso una áspera varilla de hierro en el hocico y le pegó por medio de un mecate la cabeza al pecho. Así lo dejó aquel día. Daba pena y horror ver al animal en aquella terrible posición. Humillado, babeante, con la cara monstruosamente desfigurada.

Cuando al otro día el hombre se acercó a su víctima, ésta no hizo el menor movimiento. Entonces le quitó el freno bárbaro y le soltó el mecate que la sujetaba; y ella, temblorosa, dominada, muertos ya los bríos, lentamente fue a reunirse con las otras mulas que estaban en el corral...

A la dulce Carmen López le escribí dos cartas más. No tuve contestación. El silencio me causó no sé qué comenzón interna, por que la dulce Carmen López me debía el sacrificio de toda una jornada peligrosa y ultrajante, desde la falta de pasaporte, hasta las largas caminatas de noche, huyendo de todo contacto con la gente.

Debido a las grandes maletas que me puso encima, tuvimos dos pleitos en el camino, y si yo no me regresé, no fue por la gracia que me despertara aquel duro trotar, sino porque venía alucinado por las perspectivas del oro que con tanta facilidad se recogía en la zona

bananera. Fuera de todo esto, la dulce Carmen López me había dicho que me quería.

Y ahora, ya de vuelta de la montaña, estoy aquí, aunque pasajeralemente, junto a la dulce mujer. Todo ha ido bien y todo hubiera ido bien, a no ser porque este día alguien me lo "ha contado todo", como se escribe en las novelas cursis. Todo. La dulce Carmen López, en cuanto yo di la vuelta se metió con otro hombre.

Por eso fue que a la hora de almorzar, cuando ella me puso la comida, se la rechacé con violencia. Ella me miró con una mirada, como adivinando lo que yo me andaba por dentro.

-Aquí está la comida, niño, qué te coge?

Junto con un salivazo brotaron las palabras:

-A mí no me coge... a vos te cogieron

Y nuevamente, maleta al hombro, salí para la montaña.

24

Se le llamaba la niña Amadita. Tal el trato que le daban los trabajadores. Estaba unida al contratista Silva, por la querencia del cálculo. El concubinato lo habían formado en San José. Ella se instaló en una casa de mancebía legalizada y él se dedicó al negocio del chulo. Un día se resolvieron por trabajar, o mejor dicho, por hacer trabajar a los demás. Y hacia la bananera se vinieron a firmar un contrato.

La niña Amadita se mantenía empolvada y pintada. Era una mujer inteligente y limpia. La palidez anémica del rostro desaparecía bajo la pintura bien aplicada. Ayudaba a la cocinera en los quehaceres del día y se hacía agradable a todo mundo. Los peones le dirigían miradas lascivas y angustiosas, como un S.O.S. desesperado. La cocinera, una señora ya entrada en años y adiposa, sufría del reuma. Eran las únicas dos mujeres en el campamento. Es de imaginarse que en comparación con la vieja cocinera, la niña Amadita, sin ser bonita ni hermosa, resultaba un plato apetitoso para la peonada. Algo se murmuraba acerca de ella, pero jamás puse atención.

El contratista Silva, un hombre alto y metido en carnes, tenía los ojos huidizos e inestables, la sonrisa y la mirada bajas y el habla pausada y lenta. Tales cosas le daban el aspecto del taimado. Había plantado su campamento en lo más crudo de la montaña, a orillas de un río. Usaba zapatos rudos, siempre remojados por el lodo y la lluvia. El sudor de sus axilas trascendía a prostíbulo. Se descuidaba de todo y más de la libreta de trabajo: al hacer las liquidaciones siempre hacían falta días y días en las cuentas de los trabajadores.

Yo tenía ya dos meses de trabajar con Silva. Cada día se hacía más larga la caminata y más oscuro nos desayunábamos para tomar

el camino. Entre más se descuajaba la montaña y se alargaba la trocha, más se alejaba el campamento del punto de trabajo.

Se trabajaba con tarea, de seis de la mañana a tres de la tarde. A esa hora regresábamos a los ranchos a tomar el almuerzo. Silva salía con frecuencia con dos peones a traer provisiones. En ese menester tardaba dos días. En dos meses de trabajo continuo, yo no había retirado un céntimo de mi sueldo. Aquella vez Silva se había marchado al comisariato más cercano con dos de sus lugartenientes. Como siempre que el jefe se ausentaba, Pérez se quedó dirigiendo el trabajo.

Esa noche me quedé jugando casino con la niña Amadita, un compañero de trabajo y la cocinera. Esta hacía pareja conmigo. Estábamos de mala suerte: todas las partidas las habíamos perdido. En una de tantas jugadas desafortunadas y habiendo notado mi impaciencia, el peón que jugaba con nosotros, soltó el viejo refrán:

-Torcido en el juego, dichoso en amores...

-Ni en una ni en otra cosa, -le contesté:- el desgraciado es desgraciado en todo.

-Usted qué sabe -me dijo la niña Amadita;- a mí por lo menos...

Y ante mis ojos interrogadores, agregó por lo bajo:

-Me gustan los desgraciados como usted.

No hubo más palabras, pero sí manoseos por debajo de la mesa del juego, mientras los ojos de la cocinera y del peón que le hacía pareja a la niña Amadita, se entrecerraban de sueño. Terminado el juego, me marché con ella a su dormitorio. Bajo la luz mortecina de la lámpara, me miró largamente. En seguida me dijo con dulzura:

-Mejor mañana...

Después me presentó algunas excusas. Rabiosamente, yo apreté el asedio...

Por la madrugada cuando me dirigía al campamento, me retuvo un poco:

-No vaya hoy al trabajo. Diga que está con calentura...

Ese día me quedé en los ranchos disfrutando el placer de la conquista. La niña Amadita se deshacía en atenciones.

-Sabe? Ya me habían hablado de los nicaragüenses, pero no sabía cómo eran...

Más tarde, entre lo más espeso del monte, nos bañamos en el río. Ella regresó retozona, alargado el cuello flaco hacia la brisa que pasaba.

-Sabe? Hasta ahora sé lo que es amor. Silva no es un hombre para mí. Ese es un idiota.

Y yo reía con toda la boca, llena de placentera satisfacción.

A las tres vinieron los peones. Por la noche jugamos otra vez al casino. Pasaba la baraja por entre mis manos desgastadas, cuando Pérez, el encargado de la cuadrilla, se acercó a la mesa:

-Cómo está la calentura, amigo? Yo pensé encontrarlo muerto de semejante calenturón -dijo, echándose a reír extrañamente.

La niña Amadita me tocó con un pie. Yo me violenté contra la insolencia del jefezuelo.

-Tal vez no tenga nada, -le contesté-, pero me niego a trabajar con usted, porque resulta bien triste eso de servirle a quien sirvió.

-Usted grita aquí sin acordarse que no está en Nicaragua...

-Donde quiera sé protestar a los entrometidos.

Pérez masticó el puro que fumaba, lanzó un salivazo contra el suelo, y se marchó al campamento. La niña Amadita me reconvino:

-Fue muy violento con él. Ese hombre es malo. Hasta yo le temo. Póngale bien el ojo...

Cuando más tarde fui al campamento a buscar unos fósforos, dos peones vecinos de mi dormitorio, entre la oscuridad, hablaban a media voz:

-A mal camino se ha metido el nica. Pérez es mal hombre y Silva también. Si se descuida lo matonean, porque esos jamás se ponen cara a cara....

Aquella noche dormí nuevamente con la niña Amadita. Cuando me retiraba por la madrugada, me tomó de la mano con cierta nerviosidad:

-No vaya al trabajo; tengo que hablarle.

Cuando todos se hubieron ido, la niña Amadita me llevó a su cuarto.

-Sabe? Tiene que irse hoy mismo de aquí...

-Por qué? -le pregunté con alguna altanería.

-Porque Pérez lo sabe ya todo.

-Quién se lo dijo.

-No, sé. El dice que a usted lo vieron salir de aquí en la madrugada y hoy mandó un hombre a topar a Silva para que se lo cuente. Y usted corre peligro. Créame: Silva es malo. De un momento a otro va a llegar aquí...

-Le voy a esperar. Me debe dos meses de sueldo.

-Y por dos meses que le debe va a exponer su vida? Acuérdesse que son cuatro hombres los que vienen y usted está solo. ¡Váyase, por favor!

-Bueno, y usted?

-Yo no corro peligro... ¡Váyase, por Dios, no me comprometa!

Y la mujer se echó a temblar. La cocinera acudió, arrastrando la pierna adolorida.

-Hágale caso a la niña Amadita. Ella, si usted la quiere, se le puede juntar en cualquier parte. Pero ahora no la comprometa. Váyase.

La niña Amadita fue a mi camarote, trajo todas mis cosas y echándomelas en un saco:

-Váyase por aquí, mi vida, por este camino. Si se va por aquí se puede encontrar con Silva. Yo me le juntaré cuando usted me escriba...

Por el camino indicado me marché, maleta al hombro...

En finca B me quedé trabajando. Era bastante lejos de los ranchos de Silva. Había dejado atrás, en mi marcha, otras fincas en las que no pude hallar trabajo. En aquel lugar descendían los aviones, lo mismo que en las otras fincas que se quedaron a mi paso. Desde mi nuevo punto de trabajo le escribí a la niña Amadita tres cartas consecutivas. Jamás obtuve respuesta.

Una vez uno de mis nuevos compañeros de angustias fue conmigo al campo de aterrizaje. Llegó el avión y una mano se agitó hacia nosotros. Los dos tendimos los ojos a la misma ventanilla.

-Ah!, -dijo mi acompañante-, la niña Amadita!...

-Qué niña Amadita? -le pregunté, con ansiedad.

-La mujer de Silva, un contratista... ¡Hasta de sombrero viaja!

El avión se elevó airosamente. Mi compañero quedó pensativo. En seguida empezó por decirme:

-Esa niña Amadita es una fiera...

-La niña Amadita -le interrumpí-, la mujer de ese contratista de en medio de la montaña?

-Sí, ¿la conoces?

-Me parece que sí...

-Pues es una fiera. Ella y el hombre se llevan muy bien. Cuando yo trabajé con Silva, tenía cerca de cuatro meses de no pedir ni un colón, pues estaba haciendo economías para irme a Panamá. Una noche que Silva estaba ausente, la niña Amadita se me insinuó y me quedé a dormir con ella. El día siguiente lo pasamos juntos y por la

noche volvimos a dormir tranquilamente. Al amanecer me dijo que Pérez, el segundo jefe, lo sabía todo, y me urgió a tomar el camino, con súplicas y ruegos, diciéndome que en cuanto Silva llegara, ya informado por un hombre de Pérez, me mataría.

Miró con cierta tristeza el último coletazo del avión que se perdía en el horizonte, y agregó con despechada lentitud:

-Hasta una vieja que tiene de cocinera, metió la cuchara. Ante tanto ruego y tanto nervio, yo, francamente, sali huyendo. En la bolsa de Silva se quedó mi viaje a Panamá. Después supe que todo era una treta bien urdida entre los dos ellos, en combinación con Pérez y la cocinera. A muchos le han hecho lo mismo. En cuanto algún peón tiene ya algo de dinero que no ha retirado de la bolsa del contratista, la niña Amadita se le entrega y después lo hace salir corriendo...

Se quedó un momento en suspenso. Luego cerró el informe con este comentario:

-Por eso tienen reales y nadie sabe que, como todos los que poseen dinero, lo han hecho a costa de bajezas. ¿Qué tal? Más de cuatrocientos pesos por una mujer tan flaca y tan fea...

Cuando mi compañero dejó de hablar, yo tenía los labios rotos de tantos mordiscos que me les había dado.

25

Ahora me he quedado solo en el cuarto. Afuera llueve furiosamente. Los relámpagos entran con viva luz por todas las rendijas, culebreando en la oscuridad.

Sin pensarlo siquiera acuden al pensamiento las pequeñeces de la vida, esas que viven todos los hombres, en quienes hace blanco la cobardía.

Porque cobardes y muy cobardes son aquellos que intervienen en la vida del hombre que los desprecia, y que como las mujerzuelas sin decoro tratan de introducirse al aposento del despreciador queriendo hasta ocupar el lugar que las mujeres ocupan en su lecho.

Por eso me siento tranquilo aquí, lejos de los ojos y de la lengua sucia de estos personajes del chisme y de la intriga, en quienes el sexo sufrió una cruel equivocación.

Dando saltos evocativos, recuerdo ahora a Tula, la muchacha aquella que conocí en Corinto. Le serví como pude y le hubiera servido más y mejor, si no me hubieran sacado preso del puerto y enviado como un criminal a Chihandega.

Una tarde, cuando menos lo esperaba, le encontré en Quepos; hablamos rápidamente. Si algo necesita, me dijo, búsqieme aquí, donde trabajo, y me indicó una comiduría pomposamente llamada restaurante.

-Bueno...

-No, no puedo atenderlo, porque vivo con un tico, que es muy celoso.

Después no la volví a ver. De Nicaragua había sido arrojada como tantas otras a la aventura de la bananera y, como en Corinto, seguía arrastrando su miseria.

Los que no conocen del placer de la diversidad de mujeres, odian esta cualidad en el hombre que la disfruta. Ellos acomplejados por su carencia de masculinidad toman una actitud revanchista, que no los hace enfrentarse al objeto de su rencor, sino que buscan morderle los talones, como pequeños perros impotentes.

Yo me jacté y me sigo jactando de haber sido siempre un hombre. Anoche, por ejemplo, me besé los puños, por haberme dado la fortaleza de haber derribado a un individuo. El hecho ocurrió así:

Mi cuñado Humberto Lavadí y yo nos encargábamos de transportar al hombro unas torres de hierro que estábamos colocando para el riego de una nueva plantación. Humberto tenía aún los pies lastimados a efectos de una caída, y trabajaba con mucho esfuerzo, tratando que el peso no le cayera de lleno.

Al pasar por donde estaba un medio capataz, dirigiéndose a Lavadí, al verlo cojear, quiso hacerle un chiste de mala factura, y le dijo:

-No le niegue la leche...

Yo me enroscé como si me hubieran echado un poco de agua fría sobre la espalda.

-Cómo, pendejo, le riposté, se atreve usted a burlarse de este hombre?

Y acto seguido le ordené a mi cuñado que pusiéramos la torre en el suelo.

No había salido el chusco de su sorpresa, cuando ya le había encampanado la primera trompada, y no había terminado de recibir la primera, cuando ya le había caído la segunda y luego otras más, hasta quedar reducido a un punto sin importancia sobre la yerba.

Creo que ya me había quedado dormido, cuando llegó Manolo Cuadra; ya había recorrido varias cantinas "elefanteando", como él decía, que es lo mismo que "coyoteando" en Nicaragua.

Se sacó dos ciruelas del bolsillo del pantalón y me las ofreció; le dije que no las quería y él insistió en que me las comiera. Ante mi negativa, recurrió al convencimiento.

-Comételas, Quintanita, quintana, quintanar, quintanuela... Hombré, cuántos derivados tiene tu apellido. Comételas, que son buenas para esa tos que tenés.

En la lejanía se escuchaba el eco de la tempestad; y con el cese de la lluvia, invadieron el cuarto otras personas, con ganas de echarle una manito al naípe.

Se encendieron las luces, que ni Manolo ni yo habíamos encendido, y los jugadores empezaron a tirar las cartas sobre el piso, a preparar la "polla" y a enfrascarse en las jugadas.

Yo me dormí profundamente, no sin antes lanzarle unas cuantas palabrotas a la mezquindad de esos pseudohombres, a quienes seguramente les falten las "dos cosas de varón" que dijo el poeta, y que dieron origen al principio de esta crónica.

26

Estábamos en Golfito, junto al mar opaco y sin ecos. Yo me había descalzado ya las pantuflas andariegas mientras Manolo Cuadra se empeñaba en cubrir una nueva etapa: Piedras Blancas. Allá, entre la montaña coagulada, se abría un vasto horizonte económico. Eran fabulosos los sueldos que se devengaban.

Y, tras de aquella perspectiva halagadora, Manolo, Jairo Elizondo y yo, partimos.

Piedras Blancas nos recibió de la manera más hostil. Después de atravesar como una maldición la desgracia de aquellos caminos; después de abrigarnos bajo destartalados caserones de palma, entre el "berrinche" de la peonada, peones también nosotros; después de toparnos con seis pesos cincuenta céntimos diarios de sueldo; después de encontrarnos con estas calamidades, tuvimos que enfrentarnos a la no menor calamidad del mandador.

Era éste un nicaragüense rabioso y renegado, enemigo de toda expresión cultural. De noche, en la ramada por él ocupada, se reunían los peones a escuchar la única voz cantante concentrada en el verbo encendido de aquel Tertuliano montaraz.

Por aquel verbo chabacano cruzaba Nicaragua; la Nicaragua infeliz vilipendiada por todos los renegados que no pensaron volver a su seno y que se gozan en desprestigiarla. Para el mandador, medio simio y medio hombre, nada valía de lo nativo. Toda la patria ausente era sólo una marranada. En fin, en Adán J. Hernández, jefe inmediato de Piedras Blancas, se aposentaba un despecho, una ira jamás desahogada, que le hacían abrir la boca en el afán de morder el terruño que lo vio nacer.

Al rancho del mandador, Manolo, Jairo y yo, jamás entramos.
¡Que se ahogara aquel viejo caballo entre el estiércol de sus palabras!

Y así fue como aborrecí a Adán Hernández, chuzo de los nicaragüenses, capataz mayor de Piedra Blancas.

27

Hablábamos bajo la sombra del rancho. Afuera llovía a torrentes. Manolo Cuadra fumaba con la pipa entre las barbas que se ha dejado crecer. Recordamos Nicaragua, todas las amantes que fueron. De pronto, Manolo, involuntariamente, suelta un nombre: Teté Chávez. Y la sombra se hace en nuestras almas. Porque no podemos aceptar esta realidad: que una muchacha bella y de veintidos años pueda morir un día a consecuencia de ese insignificante bacilo que Koch descubriera hace años entre las visceras pulmonares.

Jairo se ha dormido después de haberme clavado un aguijón en el espíritu: al verme las manos me ha presagiado viudez. Y yo que me he vuelto supersticioso... ¡Mi pobre mujer!

Mañana mismo me borraré a navajazos esta raya infame de la mano.

Manolo continúa junto a mí, dándole chupetazos lascivos a su pipa. Teté Chávez... Teté Chávez...

De súbito un aire extraño que llega de más allá de la lluvia, apaga la luz y nos quedamos en tinieblas.

Lentamente, en silencio, nos acurrucamos en nuestros camarotes, sintiendo sobre la congoja de nuestros corazones todo el peso de los siglos.

28

Jairo, enfermo, se marchó al hospital. Al tomar el avión al pobre muchacho le brincaba el corazón como un conejo. Un tremendo ataque de nervios. La atebрина, tomada a grandes dosis, le produjo este malestar. Volverá cuando se cure.

Con la marcha de Jairo he descansado un poco. Me apenaba ver su diminuta humanidad con el fango a la rodilla, bajo el peso de los recios polines que se emplean en la empalizada de los caminos. Porque aquí, ¡qué santas profesiones ni que santas capacidades! A todo el que viene sólo le espera el hacha y el lodo y la miseria hecha sueldo. Nada más.

Además de eso, el áspero trato del mandador ante el cual todo se atenúa. Recuerdo que aquel día el hacha se me bailaba entre las manos, en un torpe afán de descargarse sobre la cabeza del mandador. Un deseo irresistible de vengar a la patria, aun de los renegados, se había apoderado de mis manos. Matar a ese viejo, ¿qué valía? Allí estaba la montaña para la huída.

Aquella noche me acosté con ese pensamiento. Manolo vino a despertarme, medio borracho. Lo hice confidente de mi resolución. Si ese viejo vuelve a hablar mal de Nicaragua -le dije- le destapo los sesos. Así es que te quedas o nos vamos.

Y así fue como una mañana de mayo, maleta al hombro, salí de Piedras Blancas. Allí se quedaban bajo el sol picante, las humildes casuchas de hojas, donde se agrupa la peonada después de sus faenas.

Allí también se quedaba Manolo Cuadra, como Ramiro Estévez, el infeliz personaje de "La Vorágine", volcando la montaña, entre el recuerdo amable de Teté Chávez y el humo aromoso de su pipa, que le incendia las barbas como las de un viejo dios disoluto.

29

Cuando el trabajo escaseó en aquel lugar, emprendimos la marcha hacia la montaña. Una marcha forzada, de varios días. La penuria del bolsillo nos había obligado a no llevar provisiones. Junto a la corriente huidiza de los criques nos deteníamos a tomar agua y a dar uno que otro mordisco de "dulce", única cosa masticable que llevábamos.

Al siguiente día de comenzado el viaje, por la tarde, en plena montaña, llegamos al campamento de Garmendia. Las mujeres que con nosotros iban pidieron agua y se introdujeron en las cocinas. Más tarde nos llamaron a comer. Comíamos con un hambre de perros, entre el barajar de bromas y bromas, cuando un mozalbete se me acercó y me dijo:

-Dice aquel muchacho que vaya-. Y me señaló a un peón que estaba en el campamento.

Yo fui con la mayor confianza. El muchacho empezó preguntándome:

-Usted es nicaragüense?

-Sí, de Managua.

-Yo también soy de allá, de Rivas. Me llamo Pancho Flores...

Guardamos algunos instantes de silencio

-Qué tiempo tiene de estar en la montaña?, -interrogué.

-Tres años. Y usted para dónde vá?

-De punto en punto, tal vez llegue hasta Chiriquí.

-Ya los trabajos están muy malos... ¿Lleva dinero?

-Tal vez no, -dije con cierto encogimiento.

-Tome estos diez pesos; yo sé lo que es andar por estos caminos sin un céntimo.

Nos estrechamos, efusivamente, las manos.

Ya los murciélagos se lanzaban al vuelo de la noche, cuando se encendieron las luces en los ranchos. En seguida las guitarras se alzaron en repiques lánguidos, desangrándose en cadencias. Las mujeres me llamaron para decirme que en la madrugada saldríamos. Todo el día de activa caminata y posiblemente al anochecer estaríamos en "Kilómetro X"...

En aquel lejano sitio de explotación y de miseria fue donde me encontré, después de largos meses de no verlo, con Higinio López. Había adelgazado notablemente y estaba demacrado. En viéndome, salió a mi encuentro.

-Qué diablo lo empujó por estos lugares, camaraá...! Aquí hay muchas enfermedades.

-Sí, así lo consideré, pero tengo necesidad de trabajar.

-En el rancho donde yo toy hay un camarote. ¿Quiere quedarse allí?

-Con mucho gusto.

Ya instalado en el dormitorio, López empezó por hacerme confidencias de toda clase.

-Aquí el trabajo tá malo, camaraá; han retirado mucha gente. Yo les he tado metiendo algunas ideas a los peones; pero como son muchos los que piden trabajo, los jefes corren a los que reclaman ganar más. A mí no me han sacao porque no saben que yo empujo a los otros.

-Está bien, compañero...

-Vendá? Por eso no quiero irme de aquí, porque como es más duro el trabajo, tenemos que buscar como defendernos. Pero no sé qué hace falta. Puede que falte un hombre que grite. Hace falta usted, camaraá, pero no aquí...

-Y dónde?

-En alguna parte... usted escribe... en alguna parte donde usted pueda denunciar la barbaridá que se comete con los desgraciaos.

-Pero lo que se escribe no deja nada. Y yo necesito vivir. Entiendo que el trabajador tiene necesidad de tribunas: que en el libro, en la prensa, haya gritos de protesta contra todo lo que no es justo.

-Eso es, camaraá. Vuelva a su país y cuente todo esto. Usted sabe escribir... no es un hombre pa la montaña...

Ya entre dormido y despierto, entre la subconsciencia del sueño abrumador, aún logré escuchar la voz de López:

-Usted cré, si algún día vinieran a estos lugares a trabajar esos escritores que hablan de los reyes y de los buenos presidentes, yo me haria capataz, pa cagarme en ellos... Pero usted, camaraá, no es pa el hacha y el machete.

Dos semanas después, a la hora del almuerzo, Higinio López me llamo a un aparte.

-Le ha puesto tirria el capataz, camaraá. Dice que por usted se le van los peones. ¡Y yo toy con ganas de volármelo!

-No le haga caso, compañero; en cuanto me hable tonterías le voy a descuartizar el hocico.

-Oiga lo que le vo a decir: váyase a Nicaragua: aquí no tarda en agarrarlo el paludismo... esa calentura de ayer es mal indicio. En el rancho donde dormimos, el camaraá Juan ya escupe sangre. Muchos se han ido de aquí con los pulmones malos.

-Pero...

-Yo tengo economías, y otros más van a ayudarme... le ajustamos un dinerito... ¿pa qué son los camaraás?

Al día siguiente el capataz me retiró de la cuadrilla. Dos días después, bajo un fuerte frío palúdico, acepté la propuesta de Higinio López. El me abrazó, emocionado.

-Váyase y no me escriba, camaraá, que ya no voy a tar por aquí. Me iré montaña adentro. Váyase y escriba lo que ha visto, todo lo que ha vivido. Cuéntelo usted...

Se lo prometí, dándole seguridades de cumplimiento.

-Como usted, yo también me voy largo. El cariño a la humanidad me ha envenenao: no tendré tranquilidad hasta que se acabe con la injusticia.

Ya fuera de la finca, sobre el camino que me esperaba para la caminata del retorno, nos abrazamos fuertemente. Yo temblando de frío, él temblando de emoción.

-Adiós, camaraá.

-Adiós...

Así fue como nació este libro.

30

Yo vengo de la jungla. Y debo tener el valor de la denuncia y de la acusación. Partí tras el vellocino ilusorio y vuelvo más acongojado que nunca. He vivido la miseria más degradante en todos sus aspectos. Palpé como se compran la virtudes y cómo se degrada a los virtuosos. Vuelvo asqueado de las jefaturas corruptas, de la infamia de los capataces.

- Yo denuncio esa porquería.

Denuncio la inicua explotación de que son víctimas millares de obreros desventurados de parte de una Compañía que todo se lleva del suelo centroamericano, sin dejar más que miseria y desolación a su paso. Todo lo demás es una red de mentiras convencionales. Aquel más, este menos, todos alargaron la mano a los pagarés obsesionantes que hacen cerrar los ojos frente a la realidad.

Que se den cuenta los niños yankis, las chicas parisienses, los acomodados señores de Europa que, para saborear ese diario banano de la canción, aquí se ha vivido el mismo drama que el poeta brasileiro le cuenta a la joven feliz que toma café en una mesa de París.

Que se den cuenta que para cosechar ese banano, muchísimos hombres infelices se quedaron en la montaña, de cara al sol de una esperanza que no reverdeció jamás. Que multitud de mujeres famélicas fueron flageladas, más que por la inclemencia de la selva, por la inclemencia de los hombres que la Compañía ha elevado a las jefaturas brutales.

Yo vengo de la jungla. He vivido la zozobra para venir a contar esa zozobra. Un largo recorrido que sólo al impulso de mis piernas se lo debo. Vuelvo hasta sin deudas, porque ni la deuda de la gratitud

puede contraerse allí donde la fraternidad se colgó de los árboles y donde la única pasión desesperada del hombre es odiar, vivir en la congoja y morir cualquier día acariciando el escape definitivo de la selva.

Y que el recuerdo de Higinio López y de los otros que conmigo fueron, me perdonen el reniego y la evocación.

GUIA DE ESTUDIO

1. ¿Cuáles son los rasgos sobresalientes de la personalidad de Emilio Quintana?
2. ¿A qué tendencia literaria pertenece nuestro autor?
3. ¿En qué año fue publicada por primera vez la novela **Bananos**?
4. ¿Qué posición ocupa esta obra en la literatura nacional?
5. ¿Cuál es el tema de **Bananos**?
6. ¿Qué influencias literarias o de la realidad nacional detectó usted en la obra?
7. ¿Cómo está expresada la acción del relato?
8. ¿Cómo está estructurada la acción del relato?
9. ¿Cuál es el punto de vista del narrador?
10. ¿Cuál es la actitud asumida por el autor frente a los hechos narrados?
11. ¿Mediante qué técnicas caracteriza el autor a sus personajes?
12. Extraiga del texto al menos un par de ejemplos de cada uno de los principales recursos estilísticos del autor. No repita los que ya aparecen en el estudio preliminar.
13. ¿Cuáles son las motivaciones que impulsan al protagonista a internarse en el enclave bananero?
14. ¿Cómo se expresa el rechazo del autor hacia el dominio imperialista?
15. ¿Qué aspectos de la realidad social centroamericana y nicaragüense se reflejan con más insistencia en la obra?
16. Analice las anécdotas narradas en el capítulo 23 y establezca la relación entre el relato de la traición de Carmen López y la doma de la mula.
17. Redacte una valoración personal de la obra.